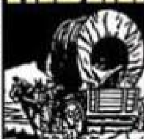
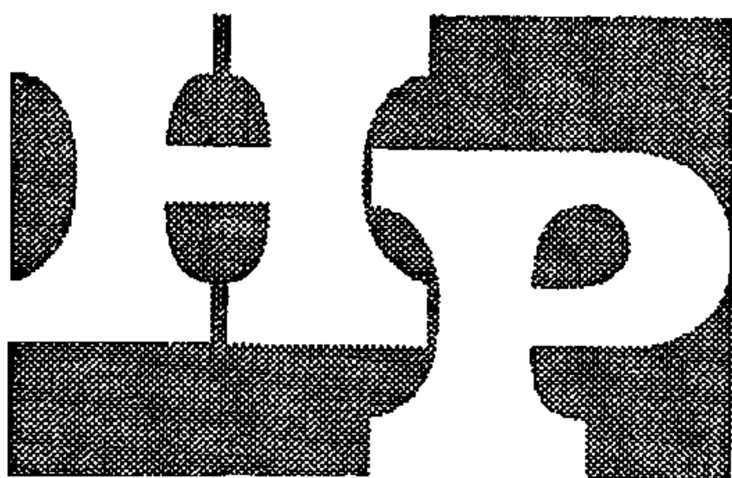
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA HORA DE LOS DEMONIOS





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

LA HORA DE LOS DEMONIOS

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 371
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 52324-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: febrero, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

La hora macabra

La muchacha hizo un extraño mohín con los labios y giró levemente el rostro como si quisiera ocultar las lágrimas.

El hombre que estaba junto a ella, un tipo fuerte, de unos veintiséis años, vestido de vaquero y con dos revólveres al cinto le acarició la barbilla suavemente, intentando hacerle volver el rostro.

—¿Qué te ocurre, Susan? Estás triste… Has estado ocultando las lágrimas desde que nos hemos encontrado aquí…

—No, Johnny, no me ocurre nada.

—Yo diría que… tienes miedo.

—¿Miedo? ¿A qué voy a tener miedo, Johnny?

Y la muchacha intentó sonreír.

Pero al alzar los ojos y permitir que Johnny los viera, éste advirtió que por las azules pupilas de Susan pasaba como un lejano ramalazo de horror.

Estaban bajo el porche, cara a los inmensos terrenos que formaban «Rancho Kleyton».

Esos campos se hallaban alumbrados por la luna, cuyos rayos penetraban también bajo el porche donde habían buscado cobijo los dos enamorados.

Johnny insistió:

—¡Por Dios! ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo Susan Kleyton—. Debe ser que esta noche me siento nerviosa.

—¿Has tenido algún disgusto con tu padre? Precisamente él consiente ahora nuestras relaciones. Podría empezar para nuestras

vidas una época feliz, Susan. Te juro que no te comprendo…

—No me ocurre nada, Johnny.

—Tú tienes miedo.

—¿A qué iba a tenerlo?

—Ya me has dicho eso antes. ¿A qué vas a tenerlo? Aparentemente, a nada. Vives en un rancho próspero, uno de los más importantes del Territorio de Oregón. Tienes unos padres que te quieren, una hermosa colección de caballos y tanto dinero como puedas desear. Por si esto fuera poco, eres joven y bonita, y tienes una salud de hierro. Por si todavía eso no bastara, me tienes a mí. Yo —dijo riendo— soy uno de los tiradores más rápidos de la comarca, y de aspecto no estoy mal. Voy a heredar un rancho tan importante como el tuyo, y gracias a nuestro noviazgo desaparecerán las viejas rivalidades entre tu padre y el mío.

Lanzó un suspiro y dijo, sin dejar de reír quedamente:

—No sé a qué vas a tener miedo, Susan. No te falta un detalle para ser una mujer feliz.

—Si tú supieras…

—¿Qué es lo que he de saber, Susan?

—No, nada…

—La verdad, no te entiendo. ¿Por qué no hablas de una vez? ¿Es que no vas a tener confianza en mí?

La atrajo levemente y la estrechó en sus brazos.

—Habla… —suplicó Johnny—. ¿Qué sientes?

—No es nada en concreto, Johnny. No sabría explicarte. Sé que apenas tiene sentido lo que voy a decirte, pero… ¿Te has fijado en lo viejo que es este rancho?

—¿Viejo? Bueno, todos los ranchos de por aquí lo son. Los rancheros de esta comarca formamos una colonia muy antigua.

—Este rancho lo fundaron los españoles hace tres siglos.

—No creo que los españoles llegaran hasta aquí…

—Un grupo sí que llegó, por lo visto. El otro día, al derribarse parte de una pared, descubrí viejas inscripciones que así lo demuestran. Pero no es eso lo que quería decirte: resulta indiferente que el rancho lo fundaran los españoles, los aztecas o los canadienses. Lo que he querido decirte es que es muy viejo. Es enorme, y sus paredes de piedra presentan extraños rincones que dan escalofríos. Una parte de él, que está junto a la colina, apenas

la he explorado. No me he atrevido a volver a ella desde que me escondía allí, en mis días de niña…

Johnny lanzó una carcajada, mientras la presión de sus dedos se hacía más intensa sobre los hombros de la muchacha.

Intentó besarla, pero ella se resistió.

—Déjame, Johnny… No me toques. Perdóname, pero esta noche me siento muy extraña.

—Eres tú la que tiene que perdonarme a mí, Susan…, porque no te comprendo. La experiencia me ha demostrado que sólo hay que tener miedo a una clase de enemigos: los que vienen con un «Colt» o un «Winchester» entre las manos. Y aun a ésos sólo hay que tenerles miedo si son más rápidos que uno mismo. ¿Tú qué has de temer? Tienes hombres que te protegen cuando yo no estoy junto a ti. No sabemos que exista ningún enemigo tuyo en toda la comarca. ¿A qué vienen esos temores?

—Temo a esta casa.

Johnny ladeó un poco la cabeza y miró a la luz de la luna lo que era posible ver de los edificios del rancho.

Se trataba, en efecto, de viejos caserones construidos en piedra, los cuales conservaban un aspecto siniestro.

Pero de todos modos él no encontraba sentido a los temores de la muchacha. Precisamente aquellos viejos edificios de piedra eran envidiados por todos los rancheros de los contornos debido a que resistían hasta los más violentos tifones que de vez en cuando enviaba la costa del Pacífico.

—Si no estás a gusto aquí, ¿por qué no te vas unos días a la ciudad? —preguntó a Susan, intentando comprenderla.

—No puedo.

—¿Que no puedes?… ¿Por qué? ¿No te deja tu padre?

—Mi padre quiere que me vaya. Dice incluso que me conviene ir a la ciudad a preparar mi ajuar de novia.

—¿Entonces?…

—No puedo irme, Johnny.

—¡Pero en el nombre de Dios! ¿Por qué?

—Porque lo que me tiene que ocurrir me ocurrirá esta noche, Johnny. Ya no tengo tiempo de irme lejos.

—¿Qué dices?

—Me ocurrirá esta noche a las diez.

Como movido por un súbito impulso, Johnny soltó a la muchacha y extrajo el reloj de oro que llevaba en uno de los bolsillos de su chaleco. Miró la esfera a la luz de la luna. Eran las diez menos veinte.

—Bueno… —susurró, guardando el reloj de nuevo—. La verdad es que resulta difícil encontrar palabras, Susan. ¿A qué viene ese cuento de lo que va a ocurrir a las diez?

—Lo descubrí anoche.

—¿Anoche? ¿Y qué es lo que descubriste?

—¡Oh, Johnny! ¡Es tan difícil de explicar! —Susan no trataba ahora de ocultar sus lágrimas—. Tú no puedes comprenderlo porque no vives en esta casa. ¡Si estuvieras aquí noche tras noche, oyendo pasar las horas! Una llega a darse cuenta de que algo terrible tiene que ocurrir.

—Pero ¿qué sentido tiene lo que dices? ¡No entiendo una sola palabra! ¿Sabes, Susan, que has conseguido ponerme nervioso con tantas tonterías?

—No son tonterías, Johnny.

—¿Cómo sabes que va a ocurrir algo precisamente esta noche a las diez?

Susan tragó saliva dificultosamente e hizo un auténtico esfuerzo para respirar con normalidad.

—Tú sabes que esta casa tiene sótanos —murmuró—, unos sótanos enormes que durante años y años no han sido utilizados. Pues bien, en ellos hay varios relojes que en el transcurso del tiempo se han ido depositando allí por inservibles, y de los que ya no se acordaba nadie. Esta tarde he entrado en los sótanos, y me ha sorprendido un ruido extraño y a la vez terrible. ¡Todos los relojes estaban funcionando! Los he mirado… ¡y todos señalaban exactamente las diez!

Johnny tragó saliva también. No le gustaba todo aquello, a pesar de que hacía esfuerzos por comprenderlo.

—Preferiría que te hubieses encontrado un tipo con un «Colt» en la mano —susurró—. Al menos sabría ahora con quién tengo que gastar una bala. Pero eso de los relojes… ¿A quién se le habrá ocurrido semejante broma?

—No es una broma, Johnny.

—¿Y por qué no ha de serlo?

—Para gastar simplemente una broma, nadie se entretiene en reparar unos relojes que han estado inservibles durante años.

—Bueno… Supongamos que no es una broma. Imaginemos que eso de las diez significa *algo*. ¿Por qué ha de significar precisamente tu muerte?

—Yo sé que es terrible, Johnny. Sé que voy a morir. *Lo he visto con mis propios ojos.*

—Pero ¿estás loca? ¿Qué dices?

—Déjame, Johnny…

—¡De ningún modo! ¡Ahora menos que nunca! Tú temes que ocurra algo a las diez, ¿no? ¡Pues no voy a dejarte hasta que sean por lo menos las once de la noche!

Se acercó a ella. Notó el esfuerzo que Susan hacía por sonreír, por alejar de una vez sus angustiados pensamientos.

Y en ese momento se oyó aquella voz:

—¿No te retiras ya, Susan?

Los dos volvieron la cabeza. Los dos vieron los rayos de la luna derramándose sobre el porche y sobre la silla de ruedas que avanzaba lentamente, en silencio, igual que una carroza fúnebre de muelles bien engrasados.

La hermosa mujer rubia, de profundos e inquietantes ojos, que estaba sentada en esa silla, les miraba fijamente.

—¿No te retiras ya, Susan?

Johnny cuchicheó por lo bajo:

—Tu hermana siempre tiene que fastidiarnos…

—Te oigo perfectamente, Johnny —dijo la mujer rubia desde su silla de ruedas, a pesar de que estaba a más de cinco yardas de distancia—. Y no intento fastidiaros. Lo único que hago es recordar a Susan que nuestro padre no quiere que esté fuera de casa después de anochecer.

—Pero…

Johnny no se atrevió a protestar. No sabía por qué, pero aquella mujer silenciosa, enigmática, que parecía estar siempre en todas partes a pesar de no poder moverse de su silla de ruedas, le producía un temeroso respeto.

—Te acompañaré —dijo de todos modos a Susan—. Estaré en tu casa hasta después de las diez.

—No te preocupes… —Susan se llevó la mano a la frente, como

si intentase ordenar sus pensamientos—. He debido estar pensando tonterías sin darme cuenta. Mañana nos veremos otra vez y todo esto habrá parecido un mal sueño. Buenas noches, Johnny.

Le dio un suave beso en los labios. Ese beso duró poco, pero mientras sus bocas estuvieron unidas, los dos sintieron sobre sus rostros la presencia de los ojos de la mujer rubia, quieta en su silla de ruedas.

—Adiós, Johnny…

—Adiós.

Susan penetró en la casa. Detrás de ella, otra vez dando la sensación de un carro fúnebre bien engrasado, entró la silla de ruedas que transportaba a su hermana.

Johnny intentó alejar los pensamientos que poblaban su cerebro. Hizo incluso un gesto repentino con la cabeza, como si así pudiera enviarlos lejos.

Montó en su caballo, que estaba amarrado a la barra, e instantes después partía a galope.

Pero a cosa de media milla del rancho se detuvo.

Tenía los ojos entrecerrados y sentía como una especie de nudo en su garganta.

Miró hacia el rancho, hacia los viejos edificios que parecían, en efecto, un castillo de la Edad Media.

—¿Por qué habrá dicho que ha visto que iba a morir? —susurró—. *¿Por qué había dicho que lo ha visto con sus propios ojos?*

CAPÍTULO II

Negra obsesión

Susan entró en el comedor familiar del rancho. Era una pieza grande, casi enorme, en cuyo centro había una mesa apta para diez o doce personas. Sobre la mesa derramaba su luz una gran lámpara de petróleo de cuatro brazos.

Susan vio a su padre presidiendo la mesa. Los cabellos blancos del dueño del rancho resaltaban poderosamente bajo la lámpara. Junto a él estaba su esposa, la madre de Susan, y al otro lado tres de los capataces del rancho. Junto a la madre de Susan se sentaba un hombre a quien la muchacha no conocía.

Debía ser un invitado, porque generalmente era aquél el sitio que se les reservaba.

Sin darse cuenta, la muchacha quedó atónita contemplando dos cosas: la impresionante musculatura de aquel hombre, un hombre dueño de unos extraños ojos grises; y la hora que señalaba el reloj de pared que había al fondo de la sala.

Susurró:

—¡Dios mío!

Eran las diez menos doce minutos.

Su padre preguntó:

—¿Qué te ocurre, Susan?

—Nada…, nada, papá.

—¿Por qué te has retrasado?

—Estaba con Johnny. Estábamos ahí mismo, en el porche. Perdona, papá.

—Está bien; no se hable más. Ya sabes que consiento tus

relaciones con Johnny, pero no me gusta que eso perturbe las costumbres del rancho. Somos gente que trabaja duro y nuestras horas tienen que ser respetadas. Siéntate y cena con todos.

—No tengo apetito, papá.

Susan notaba todas las miradas fijas en su rostro. Notaba, sobre todo, la extraña mirada del desconocido de los ojos grises.

Detrás se oyó el suave chirrido de las ruedas del carro de la inválida, que volvía a ocupar su sitio en la mesa.

—¿Que no tienes apetito? —Gruñó el dueño del rancho—. ¿Qué clase de tontería es ésa?

—Me encuentro mal, papá. ¿Es que crees que todo el mundo puede tener tu salud y tus nervios?

—Sí, ya sé que como igual que los chacales y duermo igual que los Caballos —gruñó malhumorado el dueño del rancho—. ¡Pero estoy en mi casa y quiero que mis normas sean respetadas! Si ese imbécil de Johnny ha de quitarte el apetito, prefiero que rompas con él de una maldita vez.

—Johnny no tiene la culpa, papá.

—¡Lárgate a tu habitación y procura que no te vea!

La madre intercedió, bondadosa:

—Susan tiene cara de no encontrarse bien. Incluso parece como si estuviera asustada. ¿Qué te ocurre, Susan?

—Nada, mamá.

—¡He dicho que se largue! —tronó su padre—. ¡Ya que es estúpida como para no comer, al menos que se acueste!

—Podrías presentarle a nuestro invitado… —dijo la madre, intentando suavizar la situación.

Pero fue peor.

El dueño del rancho bramó:

—¿Presentarle a este gandul, a este indeseable, a este pistolero con el gatillo roto a quien he encontrado muerto de hambre? ¡Ni soñarlo! ¡Bien está que yo sea caritativo y que dé de comer a este granuja, pero no tengo ninguna obligación de presentarle, además, a mi hija! ¡Largo, Susan!

El tipo de los ojos grises, a pesar de oírse insultar de aquella manera, no se inmutó. Parecía tan tranquilo y tan complacido como si le estuvieran echando incienso.

Sólo sus extraños ojos grises brillaron un poco más al mirar

detenidamente a Susan.

—Buenas noches, señorita —dijo, levantándose a medias—. Me llamo Gary Morton.

«Tiene acento del Sur… —pensó Susan rápidamente—. Seguro que viene de Arizona o Tejas…».

Vio también, con el rabillo del ojo, que sus ropas estaban cubiertas de polvo y que llevaba un revólver al cinto. Y a aquel revólver no parecía faltarle el gatillo, como había dicho su padre.

—Buenas noches —dijo precipitadamente—. Encantada de conocerle, señor Morton. Deseo que su estancia entre nosotros le sea agradable.

—Gracias, señorita.

Susan ni siquiera le oyó.

Estaban mirando como obsesionada el gran reloj de pared, situado al fondo del comedor. Aquel reloj señalaba las diez menos siete minutos.

Los labios de Susan temblaban.

—¿Te sientes mal? —preguntó su hermana desde la silla de ruedas—. ¿Quieres que te acompañe?

—No… Gracias.

Salió precipitadamente de la habitación y caminó casi a tientas por el pasillo que conducía a los dormitorios. Sentía el tic-tac del reloj resonar dentro de su mismo cráneo.

«No podré ir ahora a mi habitación… —pensó—. Necesito salir ahora mismo de esta duda, esta horrible duda…».

Tanteando las paredes, sintiendo las tinieblas como una cosa viscosa en derredor suyo, descendió a los sótanos. Había a la entrada de éstos una lámpara de petróleo y un jarrito con fósforos al alcance de la mano. Temblorosamente, Susan encendió uno de ellos.

La llama alumbró las figuras de cera que estaban en pie, al fondo del sótano, como una procesión de espectros.

El abuelo de Susan había sido escultor, y hasta su muerte conservó una loca afición por modelar figuras de cera. Eran unas figuras extrañas, alucinantes, y sólo al verlas pensaba uno en la angustia, en el crimen y en la muerte. No se explicaba que aquellas figuras se conservasen aún allí. Quizá, como tenían cierto mérito y

nadie iba a mirarlas, las habían dejado pudrirse en aquel rincón del sótano.

Con ojos alucinados, Susan las contempló una tras otra.

¡Allí estaba aún!

Allí estaba la figura inexplicable, la que ella descubrió aquella misma tarde. Creyó que había sido un sueño, pero no; era una realidad. Ante sus ojos estaba la figura de cera representándola a ella misma, a Susan, con uno de sus vestidos. Hasta sus cabellos parecían naturales, no se explicaba cómo habían podido obtenerlos si no era arrancándolos a una muerta.

Susan sintió que un sudor frío resbalaba por sus sienes. No podía gritar; era incapaz de respirar incluso.

Fue entonces cuando sonaron las diez.

Fue entonces cuando ella vio aquellos ojos satánicos brillar en la oscuridad del sótano, cuando vio cobrar vida… ¡a la figura de cera!, y cuando una mano armada con un largo estilete surgió de las tinieblas.

Susan no tuvo ni fuerzas para gritar.

El estilete se clavó tres veces seguidas en su corazón, con tanta fuerza y tanta seguridad que la muchacha murió sin derramar apenas una gota de sangre.

Capítulo III

Un leve rastro de sombras

El médico titular de la ciudad de Morgan cerró su maletín negro y miró al *sheriff*. Morgan era la capital del condado a cuya jurisdicción pertenecía el rancho.

—Desde el río Columbia hacia el sur no he visto jamás un caso como éste —masculló—. La han matado con una limpieza y una seguridad que no sé si dan escalofríos o náuseas. El estilete le ha atravesado tres veces el corazón por el mismo sitio.

La madre de Susan lanzó un alarido, y tuvieron que sostenerla mientras cubrían el cadáver de su hija. Su padre tenía ahora el rostro tan blanco como sus cabellos, y los ojos le rodeaban desconcertados dentro de las órbitas. No lloraba porque a sus años aún no había aprendido a llorar, pero era fácil ver que estaba a punto de sufrir un desmayo.

El *sheriff* gruñó, mirando al médico:

—¿Cuándo ha muerto?

—Hace apenas una hora.

—¿Y cuándo hace que ustedes notaron su ausencia? —preguntó luego, mirando al dueño del rancho.

—Aproximadamente unos treinta y cinco minutos. Todo el tiempo que han tardado en llegar aquí usted y el doctor.

—Pero ¿no suponían que la muchacha estaba acostada? Lo lógico hubiera sido no descubrir su falta hasta mañana por la mañana, ¿no es así?

La madre lanzó un gemido. Los capataces tuvieron que sacarla a la fuerza de allí.

Fue el padre quien contestó:

—Cierto. Pero Kitty, su hermana, le da siempre las buenas noches antes de acostarse. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que Susan no estaba en su habitación.

Al ser pronunciadas estas palabras, todos los rostros se volvieron hacia la muchacha, que estaba sentada en la silla de ruedas. Todos vieron sus cabellos rubios, sus extraños ojos azul-gris y sus labios tan rojos como los de una muchacha que esperase ser besada. Pero en aquellos labios había ahora una mueca cruel.

—¿Por qué pensó usted que la encontraría en el sótano? —preguntó el *sheriff*.

—No vine directamente aquí —dijo Kitty—. Por el contrario, éste fue el último sitio donde se me ocurrió mirar.

—¿De modo que fue Usted, Kitty, la que descubrió a su hermana?

—Sí.

—¿Desde dónde la vio?

—Desde la entrada del sótano —dijo Kitty con voz ronca—. Mi silla de ruedas no me permite bajar las escaleras, usted lo sabe.

El *sheriff* carraspeó.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien, al fondo del sótano, estaba carraspeando también.

Se volvió y se encontró con el forastero de los ojos grises.

Algo así como un relámpago pasó por los ojos del representante de la Ley.

—Usted es Gary Morton —dijo, apuntándole con el dedo.

—En efecto, *sheriff*. ¡Qué magnífico fisonomista!

—No hace falta serlo mucho cuando uno se ha hartado de ver pasquines con una determinada cara. ¿Qué hace aquí, Gary Morton? ¿Cómo se ha atrevido a penetrar en este Territorio?

—No estoy reclamado en él.

—No, no lo está, desde luego. No lo está *aún*. Pero en todos los Territorios vecinos se le busca por pistolerismo y vagabundaje. Como aquí no tiene medios económicos de vida, la única duda consiste en saber cuánto tardará en delinquir. Porque usted va a saltarse la Ley a la torera, desde luego. ¿Cómo está en este rancho?

El padre de Susan dijo casi sin voz:

—Por Dios…, ¿qué nos importa eso ahora? ¿Por qué nos preocupamos de este hombre después de un crimen tan horrible?

—Nos preocupamos de él porque es el primer sospechoso. ¿Cómo diablos estaba aquí?

Todos oyeron, inesperadamente, la voz de Kitty, que contestaba en lugar de su padre:

—Está aquí porque papá lo encontró desvanecido y medio muerto de hambre. Tenemos por norma de caridad sentar a nuestra mesa a todos los hambrientos que se cruzan en nuestro camino, y este hombre daba tanta pena como un caballo cojo en mitad del desierto. ¿Le parece que esta explicación es poco satisfactoria?

—La comparación resulta conmovedora —dijo en voz baja Gary —. Siempre me habían comparado con una rata, con un escorpión, con una sabandija, pero nunca con un animal tan noble como un caballo cojo. Gracias.

El *sheriff* volvió a amenazarle con el dedo, ahora más agresivamente.

—Oiga, Gary Morton, si usted cree que aquí va a tener libertad de acción, le juro que…

—Yo no creo nada, *sheriff*.

—¡Queda detenido!

—¿De qué se me acusa?

—¡De no tener medios de vida conocidos! ¡Ya es bastante, según las últimas leyes dictadas en esta tierra!

—Por favor —suplicó el dueño del rancho, haciendo un esfuerzo por hablar con calma—, yo les ruego que no discutan eso ahora. Este sujeto no se irá del rancho, si es eso lo que usted quiere, *sheriff*. No puede ser el asesino de mi hija porqué ha estado todo el tiempo en el comedor con nosotros, pero aun así yo soy el primer interesado en que todo se aclare… ¡y en que pronto podamos adornar un árbol con una hermosa cuerda! Pero ahora déjalo… Todo esto es horrible, *sheriff*. Me temo que usted aún no se ha dado verdadera cuenta.

El representante de la Ley bajó la cabeza y se hizo entonces un espeso silencio.

Fue el médico el que lo rompió para decir:

—Bueno, yo me largo. Ya conocen la hora y las circunstancias de la muerte y no tengo más que hacer aquí. En cuanto al arma

empleada, puede anotar, *sheriff*, que fue un estilete largo y muy agudo. Avísenme para el entierro.

Asió el maletín y se largó escalera arriba.

Kitty dijo:

—Por favor, Sáquenme a mí también.

Miró a Gary Morton, porque era el hombre más fuerte de todos los que se encontraban reunidos allí. Pero se sorprendió al ver la expresión de los ojos de Gary. Aquellos ojos miraban el suelo, a los pies de la muerta, a un hueco entre las estatuas *donde no había nada.*

—¿Qué mira? —susurró Kitty.

Gary Morton parecía llegar desde muy lejos, desde las profundidades de algún extraño sueño.

—Aquí había algo —susurró.

—¿Dónde? En ese lugar, ¿no? Claro que había algo —susurró Kitty—. Ahí tuvo que estar situado el asesino de mi hermana.

—No es eso —dijo Gary.

—¿Quiere volvernos locos? —preguntó el *sheriff* bruscamente—. ¿A qué se refiere? ¿Qué infiernos pretende decir?

—Vea lo juntas que están esas estatuas —susurró Gary con la mirada perdida—. Para estar entre ellas sin derribarlas, el asesino tuvo que permanecer extraordinariamente quieto.

—¿Eso qué tiene que ver? ¡Claro que se estaría quieto! —gritó el *sheriff*—. ¡No iba a estar dando saltos!

—Pero cuando Susan lo vio no trató de huir. Al contrario, se acercó a él.

—¿Cómo lo sabe?

—Por sus huellas marcadas en el polvo. A pesar de lo descuidados que somos todos juntos, aún no hemos conseguido borrarlas.

El *sheriff* arqueó una ceja.

—¿Y cómo sabe que Susan vio al asesino? A lo mejor vino a este sitio y se tropezó de narices con él sin darse cuenta.

—Observe una cosa —dijo Gary—. Vea que la luz de la entrada se proyecta precisamente sobre esta zona. Cualquier persona dotada de vista normal (y Susan la tenía) tenía que ver por fuerza lo que había aquí.

—Muy bien —gruñó el *sheriff* mirándole fijamente—. Entonces,

¿qué es lo que sugiere usted, honorable Gary Morton, granuja de la pradera? ¿Qué forma tenía ese misterioso asesino del que hace tanto rato que estamos hablando?

Fue entonces cuando Gary dijo aquella cosa inexplicable:

—Lo que Susan estaba viendo cuando se acercó a este lugar, segundos antes de que la mataran, era una estatua.

* * *

Se hizo el silencio, un espantoso silencio que parecía poder cortarse con un cuchillo.

Kitty suplicó casi sin voz:

—Por Dios, Sáquenme de aquí…

Gary Morton sujetó por detrás la silla de ruedas y la levantó sin aparente esfuerzo, subiendo con ella la escalera que nacía en la puerta del sótano. Para hacer aquello tan sencillamente se necesitaba una terrible fuerza, porque la silla era pesada y, además, Kitty no era delgadita. Tenía todo lo que una mujer tiene que tener, o sea, el mínimo base, más puntos y propinas. Seguro que Gary lamentaba tener que llevar el cochecito en lugar de a ella.

O quizá no pensaba en eso. Tal vez no se daba cuenta de que transportaba a una mujer bonita aunque inválida. Quizás estaba pensando solamente en la misteriosa muerte de Susan.

Depositó el carruaje, con Kitty, en la misma puerta del sótano.

—Gracias —dijo ella, mirándole directamente a los ojos.

Tenía una mirada azul y suave, pero tan penetrante como el acero de un estilete.

—¿Quiere que la lleve a su dormitorio?

—Sé ir sola. Con este carrito de ruedas me muevo en terrenos lisos mejor que las personas normales.

—En tal caso, transportaré yo el cadáver de Susan.

—Siento no poder hacerlo yo —dijo ella con voz extrañamente tensa—. Hay momentos en que lamento de verdad no ser un hombre.

Gary no contestó. Descendió de nuevo al sótano y, ante el silencio espectral de todos los presentes, levantó con sus dos brazos el cadáver de Susan. Delicadamente, como si la muerta fuese un fino objeto que pudiera romperse, la llevó también hasta la puerta del sótano.

Kitty aún estaba allí.

—¿Cuál es el dormitorio de Susan? —pregunto él.

—Yo le acompañaré.

Kitty fue delante. Jamás Gary había visto una mujer tan joven en un carrito de inválida y que, sin embargo, se moviera con tanta gracia. Sus brazos parecían marcar un compás musical al empujar las ruedas. Su espalda era fuerte y recta y su busto respiraba anhelante a cada movimiento.

Fue ella la que abrió la puerta del que había sido dormitorio de Susan.

—Póngala sobre el lecho, por favor.

Le dejó paso, y luego ella penetró detrás de Gary. Con su extraña mirada azul vio colocar sobre el lecho el cadáver de su hermana. Luego, aquella mirada azul se elevó, al volverse Gary hacia ella.

—Gracias —dijo Kitty.

—He intentado ganarme su hospitalidad, hermana. En otros sitios solía partir leña.

—¿Le ha gustado más esto?

—Lo que me gusta más… —dijo Gary.

No concluyó la frase. Llevó rápidamente su mano derecha hacia el escote de Kitty. Ella se sobresaltó, lanzando un breve gemido.

—¿Qué pretende?

—No sea mal pensada, hermana.

Y Gary Morton retiró la mano. Pero ahora había en ella un largo estilete, que acababa de tomar por la empuñadura, retirándolo hábilmente del escote de Kitty.

Capítulo IV

El destino de Gary Morton

Gary sopesó el arma en su mano derecha. Era un estilete largo, fino y ligero, una verdadera pieza de museo, capaz de enviar a uno al otro mundo con la sensación de que le están haciendo cosquillas.

Lo habían limpiado apresuradamente, pero aún se advertía en la hoja que ésta, no mucho tiempo antes, estuvo manchada de sangre.

Una extraña sonrisa cuadrada se había dibujado en los labios de Gary, que seguía contemplando el estilete.

La mujer le envolvía en su quieta mirada azul. Ni uno solo de los músculos de su rostro se había alterado.

—¿Es éste? —preguntó Gary.

—¿Qué quiere decir?

—Pregunto si es éste el alfiler con el que despacharon a tu hermana.

—Supongo que sí.

—¡Ah! ¿No lo sabes con seguridad?

—No puedo saberlo porque yo no la maté.

—¿Te das cuenta de que estás ante su cadáver? —musitó Gary entrecerrando los ojos—. ¿No te infunde eso ni siquiera un poco de respeto?

—Yo no la maté.

—Es curioso oírte eso con una voz tan dulce.

—Tú mismo señalaste el lugar donde estuvo el asesino. Mi silla de ruedas no cabía allí.

—Pudiste estar de pie.

La muchacha sonrió levemente, con una densa amargura en el

dibujo de sus labios.

Alzó un poco su falda, justo hasta las rodillas. Llevaba zapatos de alto tacón y ceñidas y finas medias de color oscuro, pero sus piernas estaban como sujetas a un andamiaje metálico, que partía de sus zapatos y ocupaba toda la extensión de sus pantorrillas. Era un andamiaje que Gary había visto algunas veces en los heridos de guerra y en los cojos de nacimiento. Tuvo que cerrar los ojos.

—Suponía algo así —dijo de todos modos.

—Cuando era una niña sufrí un ataque de parálisis —dijo ella en voz baja—. No puedo moverme de mi silla de ruedas.

—¿No? ¿Y cómo encontró ese estilete? ¿Bajó con la silla de ruedas al sótano para buscarlo allí?

—No.

Kitty no parecía ofendida, sino muy tranquila.

—¿Cómo se hizo con él, paloma?

—Estaba junto a la puerta del sótano.

—¿Manchado de sangre?

—Sí.

—¿Con qué lo limpió?

—Con mi propia camisa.

Mostró solamente un borde de ésta, y Gary pudo ver que, en efecto, estaba manchada de sangre.

—¿Por qué lo hizo?

—Me causaba horror guardar un arma que todavía estaba impregnada con la sangre de mi hermana.

—Eso sólo resuelve una parte de la cuestión. Lo más importante es: ¿por qué guardó el arma?

Kitty apretó los labios.

—No quiero contestar a eso.

—¿No? ¿Sabe, paloma, que si no habla puede encontrarse en una situación muy difícil?

—¿Por qué? Usted no es el *sheriff*.

—No. Claro que no lo soy. Gary Morton es solamente un vagabundo muerto de hambre al que han recogido por caridad.

—Eso es justamente lo que yo estaba pensando.

Gary extrajo parsimoniosamente una bolsa de tabaco del bolsillo superior de su camisa y empezó a liar un cigarrillo.

—¿Quiere? —dijo por cumplido.

Y tuvo una sorpresa casi brutal cuando ella contestó sin inmutarse:

—Sí.

Gary dio el cigarrillo a la mujer y le prendió fuego. Ella empezó a fumar en silencio.

—¿Sabe que esto es muy extraño en una damisela tan educada? —observó Gary—. Sólo las artistas de los saloons fuman en el Oeste.

—Tal vez yo hubiera sido un artista de saloon —dijo ella secamente—, de no ser por mis piernas.

—Por lo poco que he visto, las tienes bonitas.

—¿Con esos palos de metal que las sostienen?

—A pesar de ellos.

Kitty, mirándole, expelió lentamente, con diabólica lentitud, una bocanada de humo.

—Gracias —musitó—. Eres el primer hombre que me dice una galantería. El primer hombre que es amable conmigo.

Luego hizo un gesto con los labios y añadió:

—Pero soy una mujer desafortunada. El primer tipo que se destapa conmigo no es más que un vagabundo.

—¡Oh, no! —puntualizó Gary—. Un granuja.

—¿A qué has venido aquí, Gary?

—Es curioso. No puedo negar que eres una mujer hábil. Hace apenas un minuto preguntaba yo. Ahora resulta que preguntas tú.

—Y pregunto que a qué has venido, Gary.

—Yo no he venido. Me trajeron, ¿recuerdas? Me encontraron en la llanura medio muerto de hambre.

—Yo no soy tan tonta como para tragarme ese cuento. Te pusiste a morirte de hambre precisamente a dos pasos de este rancho, sabiendo que no tardarían en dar contigo. ¿Por qué? ¿Qué interés te guiaba al venir aquí?

—Ninguno.

—Mientes.

—Tú también me has mentido antes. Estamos en paz.

—Te lo suplico, Gary. Eres el único desconocido que hay en esta casa. ¿Por qué has venido aquí?

Gary se volvió lentamente y examinó por unos segundos el rostro lívido de la muerta, sus ojos cerrados y aquellos labios que iban quedándose sin color. Diríase que en sus ojos, ahora por

primera vez, había aparecido una expresión de pena. Espantó con rabia una mosca que acababa de penetrar en la habitación.

—No me creerás —dijo luego, mirando a Kitty.

—¿Por qué no habría de creerte?

—Por una sencilla razón —dijo Gary sin mirarla, con los ojos clavados en la muerta—: Yo he venido aquí porque dentro de muy poco tenía que casarme con tu hermana, con Susan.

CAPÍTULO V

Una visita inesperada

El *sheriff* Brayan entró en su despacho de la capital del condado cuando ya era medianoche.

Venía cansado y de mal humor. Por eso bebió un largo trago de *whisky*, dejando medio vacía la botella que guardaba en uno de los cajones de su mesa, y empezó a llenar su pipa con gestos bruscos y derramando la mitad del tabaco.

No había hecho más que encenderla cuando la puerta de su oficina se abrió para dar paso a un hombre.

«Es Johnny —pensó—. Es Johnny, el novio de Susan, esa pobre chica. Se ha enterado ya de que la han matado y viene a averiguar detalles sobre el crimen. Pero ¿qué diablos puedo decirle yo? Sólo tengo a un sospechoso, Gary Morton, y me faltan pruebas para detenerle…».

Pero el que acababa de llegar no era Johnny. El *sheriff* Brayan pudo verlo ahora, cuando el recién venido dio dos pasos más, situándose en la zona de luz de la lámpara.

Fue entonces cuando el *sheriff* estuvo a punto de caérsele la pipa que sostenía entre los dientes.

—¡Stewart!

El llamado Stewart sonrió con una sonrisa cuadrada, mientras avanzaba. Era un tipo alto, aproximadamente de la misma estatura que Johnny, y llevaba dos revólveres, como tantos y tantos pistoleros de Oregón. Pero éste se distinguía porque lucía también una placa de federal en el pecho.

—Hola, Brayan.

El *sheriff* se puso en pie y le estrechó la mano.

—¿Cómo has venido por aquí, Stewart? ¿Qué hacéis ahora los federales en esta zona?

—No hables en plural. He venido yo solo.

—¿Para qué?

—No te preocupes; no he venido a pedirte cuentas por nada, Brayan. Aunque como *sheriff* eres una tortuga, hay que reconocer que guardas decentemente la Ley en tu territorio. Sólo se te escapan nueve criminales de cada diez, lo cual, después de todo, es un buen promedio. Pero no he venido aquí a hablar de tus extraordinarios méritos, sino a otra cosa. ¿No tienes un trago?

El *sheriff* Brayan sintió que aumentaba su malhumor. Sacó otra vez la botella de *whisky* y se la tendió al recién llegado.

—¿Desde dónde vienes? —preguntó.

—Desde Seattle.

—¡Eso es una barbaridad!

—Los federales nos ganamos la vida haciendo barbaridades, Brayan.

El *sheriff* se estremeció en contra de su voluntad. Vio que el otro dejaba la botella y le envolvía en la mirada metálica de sus ojos.

—Si has venido desde tan lejos, Stewart, será para encargarte de algo muy importante…

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Hace muy poco, en el rancho más importante de las cercanías, se ha cometido un crimen.

—Sí; ahora mismo vengo de allí. Pero eso es absurdo, Stewart… Nadie, fuera del condado, sabe aún que se ha cometido ese crimen, y tú has tenido tiempo de llegar desde Seattle por esa causa. No te entiendo…

—Me entenderás, Brayan. Venía a advertirte de algo y a buscar a un criminal que sé está en el condado. Pero nada más llegar me he enterado de que ese criminal había actuado ya.

—¿Quieres decir que…?

—Quiero decir que el hombre a quien busco es el que ha matado esta noche a Susan.

—¿Cómo sabes que esa mujer se llamaba Susan? ¿Cómo estás enterado de tantos detalles?

—No se comenta otra cosa en la población —dijo Stewart—. Antes de venir a verte a ti he estado en un saloon, y allí he oído todo lo que necesitaba saber. Por lo visto a esa chica la han matado con un estilete, ¿no?

—Exacto. Con un estilete.

—El arma favorita de Thomas Loup.

—¿Thomas Loup?

—El hombre a quien tú buscas. El asesino de la muchacha.

—¡Por un par de huevos fritos en el mismísimo infierno, Stewart! ¡Explícate mejor! ¡No te entiendo una sola palabra!

Stewart bebió otro trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y se retrepó en la silla.

Así, quieto, con los ojos semicerrados, dijo:

—Thomas Loup se escapó del penal de Seattle hace dos meses. Cumplía allí condena de veinte años por asesinato. Era el preso más extraño que te puedas imaginar, tanto que no salía jamás al patio con los demás reclusos, estaba solo en una celda y los guardianes le daban la comida a través de una abertura en la puerta sin mirarle nunca la cara.

—¿Por qué?

—Thomas Loup era un monstruo.

—¿En qué sentido?

—Hace tres años, cuando le condenaron por asesinato, era ya el ser más horrible que puedas imaginarte. Los motivos por los que fue juzgado resultaron los siguientes: Cierta noche, Thomas Loup asaltó una casa aislada en la que se habían refugiado durante una tormenta dos mujeres y el pistolero que las protegía. Eran dos mujeres ricas, y el hombre que las custodiaba era de entera confianza. Pero Loup consiguió matarlo por la espalda, y entonces, cuando las dos mujeres estaban solas e indefensas, las robó e intentó ultrajarlas a una de ellas, tras dejar a la otra sin sentido. Pero la broma le salió mal. La chica se defendió con tanta habilidad que no sólo logró escapar, sino que pudo encerrar a Loup en la casa y le pegó fuego. Loup escapó.

—¿Cómo pudo hacerlo?

El federal esbozó una sonrisa cansada.

—Lo de escapar es un decir, Brayan. En realidad, cuando Loup salió de la casa estaba convertido en una antorcha viviente. Lo

apresaron en seguida, y los mismos hombres del *sheriff* lo salvaron de morir abrasado. Pero no sé qué era mejor. Cuando los médicos le retiraron los vendajes, Thomas Loup era un monstruo. Jamás habían visto nada tan horrible, tan tenebroso, algo que pusiera tanto los cabellos de punta. Imagínate si causaba impresión que los del Jurado, a pesar de que era culpable de asesinato en primer grado, recomendaron que sólo fuese condenado a veinte años porque consideraron que ya había recibido bastante.

Al *sheriff* se le había apagado la pipa.

—Y lo encerraron en Seattle… —dijo con un soplo de voz.

—En efecto, lo encerraron en Seattle. Pero sólo estuvo un año allí. Como te digo, escapó hace dos meses.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que a mí me preocupa?

—Es muy sencillo: La chica que logró encerrar a Thomas Loup dentro de la casa y prenderle fuego se llamaba Susan.

—¿Es… es posible?

—Absolutamente seguro, Brayan. Y era la misma que ha sido asesinada esta noche.

—Pero eso…, ¡eso es absurdo! Dices que Thomas Loup, ese monstruo, escapó hace dos meses. Debías haberme advertido antes. ¡Hubiéramos podido proteger a Susan y no habría ocurrido lo de esta noche! ¡Os habéis portado como unos imbéciles!

—No sabíamos dónde estaba la tal Susan —dijo Stewart sin inmutarse—. El Oeste es enorme, y la pista de las personas se pierde aquí con facilidad. Date cuenta de que el mismo Loup ha tardado dos meses en encontrarla. Nosotros la estuvimos buscando desde el primer día, pero ha sido imposible actuar antes. He reventado dos caballos por el camino. ¿Qué más podía hacer?

—No lo sé, Stewart… ¡No lo sé! —El *sheriff* se puso a pasear nerviosamente por el despacho, con las manos a la espalda—. ¿Cuántos federales habéis venido para este trabajo?

—Yo solo.

—No podrás hacer nada.

—Claro que podré. Thomas Loup no ha fallado su golpe, pero será capturado, y entonces… —Hizo un gesto significativo, llevándose la mano al cuello—. La Junta de Vecinos de Seattle me ha regalado una cuerda, que llevo siempre colgada de mi silla. Y te diré por qué Thomas Loup va a ser capturado. No podrá alojarse en

ninguna parte, no podrá comprar nada, no podrá acercarse a ningún lugar donde existan seres humanos. Ni un leproso en los últimos grados de su enfermedad causaría tal sensación de horror. Daremos con él, te lo aseguro. Aparte de esto, ¿ha llegado algún forastero últimamente a la ciudad de Morgan?

—Sí, uno. Y precisamente está en el rancho donde ha muerto Susan.

—Pues iremos allí. Pero nada de acercarse al rancho, ¿eh? Nada de hacernos ver. Lo vigilaremos a distancia.

CAPÍTULO VI

Loup

El *sheriff* Brayan y el federal Stewart vigilaron el rancho de Jess Talbot, padre de la asesinada Susan, durante todo el día siguiente. Pero al anochecer, como no habían observado nada, decidieron encaminarse hacia el edificio principal de la hacienda.

Encontraron en la puerta a Jess Talbot, el dueño, encendiendo su pipa. Jess se había puesto un lazo negro cerrando el cuello de su camisa, y tenía una expresión reconcentrada y hosca, pero fuera de eso nada demostraba en él que aquella misma mañana había enterrado a su hija. Como tantos hombres del Oeste, Jess había llegado a considerar la muerte como algo tan familiar que se hallaba como embrutecido y su llegada no le causaba ya ninguna impresión.

El *sheriff* Brayan hizo las presentaciones.

—Hola, Talbot. Perdona que no haya venido esta mañana al entierro, pero estaba en misión de vigilancia. Éste es Stewart, un agente federal. Viene especialmente de Seattle.

El dueño del rancho alzó la mirada. Le inspiraban respeto los federales, de los que había oído decir cosas tremendas.

—¿Ha venido desde Seattle? —preguntó—. ¿Para qué?

—Sabía algo de lo que iba a ocurrir con tu hija —explicó Brayan.

—¿Cómo…?

—Hemos estado vigilando el rancho todo el día —dijo Stewart —, pero estos edificios están situados de modo que apenas se ve nada. Por eso he decidido a última hora hablar con usted.

—¿Qué tiene que decirme?

—Hay un forastero en este rancho, ¿verdad?

—Sí, un tipo a quien encontré medio muerto de hambre cerca de aquí. Pero parece buen muchacho y se gana lo que come partiendo leña. ¿Qué ocurre con él?

—Podría ser un cómplice de Thomas Loup.

—¿Quién es Thomas Loup?

—De eso precisamente quiero hablarle —dijo el federal Stewart—. ¿Dónde podemos estar tranquilos?

Jess iba a señalar un rincón solitario del porche, pero en ese momento su esposa apareció por el hueco de la puerta.

—La cena está servida. Todos te aguardamos, Jess.

El dueño del rancho hizo un gesto de resignación.

—Mejor será que hablemos dentro, caballeros. Están invitados a compartir la cena con nosotros.

—Pero…

—Comprendo. Usted cree que lo que ha de decirme es estrictamente privado y prefiere hacerlo sin testigos. Pero yo siempre he hecho que se guardaran en el rancho muy escrupulosamente las horas de las comidas, y recuerdo que en esto era muy exigente con mi pobre hija Susan. No quiero ahora cambiar de costumbres, y menos esta noche. Todos están muy tristes, y yo debo dar sensación de firmeza, debo hacerles creer que nada ha cambiado. Compréndalo.

—Lo comprendo —dijo Stewart—, pero de todos modos hubiese preferido que lo que he de decir no lo oyese nadie, para que no cundiera el pánico en el rancho.

—Todo lo que pueda oír yo pueden oírlo mi mujer, mi hija Kitty y mis capataces.

—¿Y ese forastero? Me ha dicho el *sheriff* Brayan que hace las comidas en su mesa.

—La hospitalidad nos obliga a ello.

—Está bien —dijo Stewart—. ¿Qué más da? Entremos.

Pasaron al interior. Sentados en torno a la mesa estaban la esposa del dueño, dos capataces, Gary Morton y Kitty. Los ojos del federal se detuvieron un instante en los músculos de Gary y en su único revólver. Pasaron luego, como sobresaltados, a la silla de ruedas de Kitty.

—Los señores son nuestros invitados —dijo Jess Talbot.

Los hombres se levantaron, haciendo una leve inclinación de cabeza. Las dos mujeres, en cambio, permanecieron quietas, sin mirarles, como si ambas estuvieran muy lejos de allí.

Dos platos más fueron puestos rápidamente, y los comensales empezaron a cenar en silencio. Al cabo de unos minutos, el dueño del rancho carraspeó y dijo mirando a Stewart:

—Bueno, federal, ¿qué es lo que tenía que explicarnos?

—Francamente, no creo que…

—No se preocupe. Cualquier cosa que me tenga que decir, pueden oírla todos.

—Está bien. Puesto que usted lo quiere así… ¿Recuerda un viaje que sus dos hijas efectuaron hace tres años, acompañadas por un pistolero profesional que se encargaba de protegerlas?

—Ya lo creo que me acuerdo.

—Sabrá también que fueron atacadas.

—Sí.

Las facciones de Jess Talbot, el dueño del rancho, se habían endurecido ante aquellos recuerdos.

Y el federal Stewart explicó todo lo que la noche antes contara en el despacho del *sheriff*. Es decir, la deformidad monstruosa de Thomas Loup, su condena a veinte años, su fuga hacía ya un par de meses y la certeza de que se había dirigido hacia aquella zona.

Cuando terminó su relato, todos estaban intensamente pálidos a excepción de Kitty y Gary Morton.

Fue éste el que preguntó:

—¿De modo que Thomas Loup es ahora un verdadero monstruo?

—No puede imaginarse hasta qué punto.

—¿Y en qué confía para capturarlo?

—Es que un duende de pesadilla como él no puede acercarse a lugares donde existan seres civilizados.

Se produjo un instante de silencio, durante el cual todos se miraron a los ojos.

Y fue en ese momento cuando una de las sirvientas entró diciendo:

—Tenemos una visita fuera, señor. Un hombre que desea verle.

—¿Un hombre a estas horas? ¿Cómo se llama?

La doncella susurró:

—Dice que se llama Loup.

* * *

El silencio que ya antes se había iniciado, pareció ahora poder cortarse con un cuchillo. Todos se miraron a los ojos, atónitos, e incluso en las pupilas de Kitty pareció notarse ahora una mirada de desorientación. Unas gotitas de sudor frío aparecieron de repente en las sienes del *sheriff* Brayan.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba? —susurró Stewart.

—Loup.

—¿Y le ha visto usted la cara?

—No, señor.

—¿Cómo ha podido hablar entonces con él?

—Usted sabe que la luz de la puerta, al abrirse, no se proyecta sobre todo el porche, señor. El está en la zona de sombra. Me ha hablado desde un lado de la puerta y no le he visto la cara, pero parece una persona bien educada. Me ha dicho su nombre en seguida.

La doncella vaciló ligeramente, al ver la palidez cerúlea que se había adueñado de casi todos los rostros.

—¿Es que ocurre algo? —balbució.

—No…, nada —dijo Jess—. Una tontería.

El *sheriff* era el más pálido de todos.

—¿Cómo se habrá atrevido a presentarse aquí? —susurró—. ¡Todo esto es ridículo, es absurdo!

—¿Se trata de un hombre alto, delgado, que viste de negro? —preguntó Stewart a la muchacha, queriendo concretar más.

—Por lo que he visto, sí, señor. Es como usted dice.

* * *

Entonces no cabe ninguna duda.

—Pero ¿es que no se da cuenta? —susurró el dueño del rancho—. ¡Tenemos ahí, a dos pasos de nosotros, al monstruo que ha asesinado a mi hija!

—Es increíble… —repitió el *sheriff*.

—Yo creo —dijo la dueña del rancho— que no deberíamos permitir su entrada.

—Es que si ese monstruo entra, ustedes no podrán resistirlo —gruñó el *sheriff*—. Es algo de pesadilla. Propongo que usted y su hija se retiren inmediatamente.

Kitty, al ver que su madre se movía, fue a seguirla con desagrado, pero en ese momento, Gary Morton se fijó, como por casualidad, en el viejo reloj de pared que presidía la habitación.

—Van a sonar las diez… —susurró.

—¿Y eso qué quiere decir? —musitó Stewart.

—No quiere decir nada exactamente, pero es una hora muy especial. Sugiero que dejen pasar a ese hombre.

—¿Sin que se retiren las señoras?

—Sin que se retiren las señoras.

Se había formado una atmósfera de insoportable tensión en tomo a la mesa. El *sheriff* puso sin disimulo la diestra sobre la culata de su revólver.

—Vaya —dijo a la doncella.

Ésta, temblando, se aproximó a la puerta. No llegó a ella. El extraño visitante había entrado ya, y ahora estaba a unos pasos del comedor.

La doncella no gritó.

Era extraño, porque debía verle la cara.

Se oyeron los pasos aproximándose lentamente.

La tensión se hizo angustiosa, insoportable, dentro de la habitación.

Todos tenían los ojos dilatados esperando ver aparecer al monstruo.

Y por eso quedaron tan atónitos, tan asombrados, cuando vieron que el que trasponía el umbral era un hombre joven, arrogante, fuerte, quizás uno de los hombres más atractivos que jamás habían pisado el rancho.

CAPÍTULO VII

Pesadilla en el rancho

Se oyó un suspiro general, un suspiro extraño, como si en un segundo se descargara una tensión brutal acumulada durante horas y horas.

El hombre sonrió desde la puerta y dijo:

—¿Les he molestado?

El *sheriff*, que estaba medio levantado, se dejó caer nuevamente sobre la silla con la boca abierta. La mano que ya tenía cerrada sobre el revólver se abrió poco a poco.

—Pero…

—¿Qué ocurre? —dijo el recién llegado—. Me miran todos de una manera tan extraña…

—¿Usted se llama Loup? —preguntó Stewart.

—Ése es mi nombre.

—Y tiene la estatura exacta… Y viste de negro, también… No lo entiendo, juro que no lo entiendo.

—¿Qué es lo que han de entender? Sé que me he presentado un poco tarde, pero confieso que no pensaba impresionarles tanto. Si les molesto, me marcho a la ciudad y regreso mañana por la mañana. Yo no quiero que por mi causa…

—Nada de eso —dijo el dueño del rancho, recordando de pronto los deberes de la hospitalidad—. No puede marcharse ahora. Tome asiento.

Le ofreció una silla, y el extraño visitante se sentó en ella mirando a todos por turno.

—Permítanme que me presente —dijo—. Yo soy Josiah Loup.

De pronto, todos comprendieron.

—Se nos debía haber ocurrido antes —dijo el *sheriff*, dándose una palmada en la frente—. Usted es hermano de Thomas Loup.

—Exactamente.

—Por un momento hemos creído que… era él.

—¿Es que le han visto?

Los ojos del recién llegado reflejaban una profunda alarma.

—Adivino que a usted tampoco le gustaría encontrarse con él —dijo el federal Stewart.

—No, si he de decir la verdad. A pesar de ser mi hermano…, no quisiera encontrarme con él.

Hizo una profunda inspiración, como si le costase hablar, y luego añadió:

—Sin embargo, he venido a este lugar tan lejano sólo para verle.

—¿Con qué objeto? —preguntó el *sheriff*.

—Sé que se ha escapado del penal de Seattle.

—¿Usted viene de allí?

—Sí.

—¿Y con qué objeto quiere usted ver a su hermano, señor Loup? Usted mismo dice que la perspectiva no le resulta grata.

—No. Pero menos grato me resulta saber que mi hermano Thomas va a cometer un crimen.

La madre de Susan hizo un gesto desgarrado, como para decir que el crimen se había cometido ya, pero el marido la detuvo con un gesto de su mano derecha.

—¿Cómo sabe que piensa hacer eso? —preguntó el *sheriff*.

—No es difícil. Yo sé que a Thomas le obsesionaba la idea de la venganza. Era un monstruo a causa de sus quemaduras, y día y noche soñaba en matar a la mujer que se las causó, aunque sólo él tuvo la culpa de lo ocurrido. Un par de veces le llevé alimentos y ropas a la cárcel y me habló de eso. Reconozco que salí impresionado de allí. Y cuando supe lo de la fuga…

—Pensó usted que había venido a cometer el crimen, ¿no es cierto?

—Exactamente.

—Pero su hermano hace ya dos meses que se fugó. ¿Cómo ha reaccionado usted tan tarde?

—No sabía exactamente en qué lugar vivía Susan Talbot, su

presunta víctima. Me ha costado muchísimo encontrar esto. ¿Saben cuánto hace que salí de Seattle?

—¿Cuánto?

—Pues dos meses, también. Casi inmediatamente de conocer la fuga de mi hermano, me puse en movimiento.

El *sheriff* carraspeó.

—¿Y… ha tenido alguna pista?

—¿A qué se refieren?

—Queremos decir si ha logrado verle alguna vez.

—No, nunca.

Josiah Loup los miraba a todos uno tras otro, y sus ojos aparecían asustados y un poco ansiosos.

—¿Qué piensa hacer cuando encuentre usted a su hermano? —preguntó el federal Stewart.

—Aconsejarle que desista de su criminal propósito y que se entregue. Si es necesario le obligaré por la fuerza.

—Pero su hermano está ya en una situación muy comprometida. Le condenaron a veinte años… ¿Cree que aceptará que alguien le obligue a cumplirlos?

—En peor situación estará si mata a alguien y le echan el guante. No habrá entonces quien le salve de la cuerda.

—¿Y usted quiere evitar eso? —preguntó Stewart.

—Claro…

—Pues ya es tarde, amigo.

—¿Qué quiere decir?

—Yo también he venido desde Seattle —gruñó el federal—. Mis superiores me dieron para este viaje el mejor revólver, el mejor caballo…, y la mejor cuerda. Tengo licencia para emplearla en cuanto encuentre a Loup.

—Pero…, ¡usted no puede hacer eso! Mi hermano se fugó del penal, lo cual agravará su condena; pero por ése solo hecho nunca puede ser condenado a muerte.

—No es por ése solo hecho.

Josiah Loup abrió mucho la boca.

—¿Quiere decir que…?

—Exactamente, amigo —subrayó el federal—. Veo que ahora se da cuenta usted de que en esta mesa hay personas que visten de luto. Thomas Loup cometió ya su crimen. Y Susan Talbot, su

víctima, ha sido enterrada esta misma mañana.

—Pero…

Josiah Loup se puso en pie. Le temblaban las manos.

—No sé qué decir… —balbució—. ¡Esto es tan inesperado, tan terrible! ¿Y ustedes no tienen ninguna pista acerca del paradero de mi hermano?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Quiere estar allí cuando lo atrapemos?

—Mi obligación es buscarle un buen abogado, compréndanlo. Pese a todo, no puedo consentir que le envíen a la horca sin concederle garantía.

El federal escupió en el suelo.

—Las tendrá.

—Me gustaría que usted me lo prometiese, *sheriff*. Ese caballero con la placa de federal… Parece demasiado expeditivo. Diríase que tiene ganas de utilizar su cuerda.

—Yo le prometo que habrá un juicio imparcial —gruñó el *sheriff* —. Pero desengáñese: ¿Qué jurado podrá reunirse aquí que no esté devorado por el odio a causa de la muerte de una pobre muchacha como Susan? Apenas vean a Thomas Loup, ellos mismos pedirán ser los primeros en tirar de la cuerda.

—¿Y a eso llaman ustedes un juicio imparcial?

—No estamos aquí para discutir eso —dijo secamente Stewart.

Por un momento se formó en torno a la mesa un ambiente hostil y tenso. El silencio fue tan profundo que se pudo advertir el esfuerzo que la dueña del rancho hacía para no estallar en sollozos. Y fue entonces cuando Gary Morton, que no había despegado los labios, habló por primera vez.

—Su hermano ha tenido que comer y dormir durante dos meses —dijo—. ¿De qué forma lo ha logrado?

—No le entiendo…

—A un monstruo que causa horror no le admiten en ninguna posada y en ningún saloon. Su presencia es inmediatamente notada allí por donde pasa. ¿Cómo explica que con su hermano no haya sucedido eso?

—Tiene su explicación. Mi hermano es astuto.

—¿Ah, sí?

—Puede haberse vendado completamente el rostro y decir que estaba convaleciente de unas quemaduras. Habrá resultado un tipo

siniestro, si usted quiere, pero nada más. Por el mundo circulan muchos hombres heridos que no pueden mostrar parte de su cara.

—Pero es que éste no puede enseñar nada.

—Thomas es lo bastante astuto para saber presentarse de modo que la gente tenga compasión de él. Sobre todo si la gente se imagina lo que hay debajo de las vendas.

—Es una explicación razonable —dijo el *sheriff*.

—Pero es como si fuera anunciando su presencia a bombo y platillos —gruñó Stewart—. En cuanto aparezca por Morgan un tipo con la cara vendada, no habrá más que echarle el guante. Y si se quita las vendas de la cara, mucho peor para él.

—Yo creo —dijo Kitty, rompiendo el silencio, también por primera vez—, que en estas circunstancias sólo saldrá de noche.

—Pero siempre necesitará comprar algo, y las compras se hacen de día.

—Ya sabrá resolverse ese detalle —dijo Kitty—. Creo que nuestro visitante tiene razón: Thomas Loup es infernalmente astuto.

Dieron en aquel momento las diez de la noche.

CAPÍTULO VIII

El hombre del sur

El hombre avanzó lentamente por el cementerio, llevando en la diestra un pequeño ramo de flores. Sorteó las cruces y quedó detenido ante una lápida de mármol blanco, donde había una inscripción en letras claras que decía simplemente: «Susan».

Gary Morton depositó las flores con suavidad en la base de la lápida. Parecía mentira que sus manos rudas pudieran manejar aquel ramo con tanta delicadeza.

Luego quedó inmóvil ante la lápida, como si rezara o como si reflexionase en algo muy triste.

Fue solo un momento.

Casi inmediatamente oyó tras él el chirrido suave de las ruedas del cochecito, y se volvió lentamente.

Kitty estaba allí.

Kitty llevaba, como siempre, su vestido oscuro, sus hermosos cabellos peinados hacia arriba, dejando despejadas la nuca y la frente, y su extraña sonrisa en los labios. Era aquella sonrisa la que a veces desconcertaba a Gary. No podía comprenderla.

—Venía a rezar ante la tumba de mi hermana —dijo ella—, pero veo que tú te has adelantado.

—No sé si rezaba —dijo Gary.

—¿A qué has venido?

—Traía este ramo de flores —contestó Gary, señalándolas con el mentón—. No sé por qué, pero he pensado que ella lo agradecería.

Los dos se miraron un momento en silencio, quietos ambos en la soledad del cementerio.

—No te he oído venir —dijo Gary al fin—. Te mueves con una agilidad que asombra, a pesar de tu silla de ruedas.

Recorres todo el pueblo e incluso sales de él. Es admirable.

—Me he acostumbrado a mi enfermedad. Una paralítica también tiene que aprender a vivir.

—Estás así desde que Loup os acorraló en aquella casa, ¿verdad?

—Sí. Me lesioné en la columna vertebral al intentar salvarme.

—No tienes gran cosa que agradecer a Loup.

—El tampoco a mí.

—No te entiendo.

—Yo fui —dijo Kitty lentamente— la que incendió la casa para salvar a mi hermana. No fue Susan, sino yo. Si Loup es ahora un monstruo se debe a mí exclusivamente.

Hubo un momento de tenso silencio entre los dos, y ambos sintieron como si un viento helado y amenazador pasara por entre las cruces del cementerio.

—Si ahora tú fueses Loup —dijo ella, mirándole fijamente—, sabrías que erraste el golpe al matar a Susan, y comprenderás que soy yo la que debe morir. No desaprovecharías esta ocasión, ¿verdad? Ahora estamos solos.

—Yo no soy Loup —dijo Gary secamente.

—No, claro que no. Tú tienes unas facciones correctas y hermosas, como las tiene el hermano de Loup. Ninguno de los dos sois el monstruo que el *sheriff* busca. Pero Thomas Loup pronto sabrá que soy yo la culpable de su desgracia y entonces repetirá el golpe.

—No podrá.

Kitty rió fugazmente, y sus ojos se posaron en la lápida y, sobre todo, en aquellas palabras: «Susan».

—Debiste quererla mucho —dijo.

—¿A Susan?

—La has recordado aún después de muerta. Y me dijiste anoche que habías venido a casarte con ella.

—Te supo mal que nuestra conversación quedara interrumpida, ¿verdad?

—Por eso he venido aquí, Gary Morton. ¿Qué te impulsó a casarte con Susan? Tú ni siquiera la conocías.

—Ella me lo pidió.

—¿Cómo…?

Por primera vez, Kitty parecía sinceramente sorprendida. Por primera vez sus ojos parecían turbados y no eran capaces de mirar fijamente.

—Sí —dijo Gary lentamente—; ella me lo pidió para hacerme un favor. El favor más extraordinario que había hecho en su vida.

—No te entiendo.

—Yo estaba en la cárcel de San Antonio de Tejas, en lo más perdido del Sur. Y había entrado allí por causa de una mujer.

—¿Susan?

—No, no fue por causa de Susan. Entré allí por una amiga suya.

—Sigo sin entenderte. Susan estuvo en San Antonio de Tejas hace poco, pero nunca me habló de que allí hubiera conocido de una manera especial a ningún hombre. ¿Y quién era esa amiga suya?

—Se llamaba Lorna y trabajaba en un saloon.

—No creo que Susan tuviera amigas de esa clase.

—Las tenía. Lorna era una antigua compañera de colegio de Susan, según ella misma me explicó. Una chica de familia acomodada que había venido a menos, hasta que ella terminó cantando en un saloon y enseñando las piernas con su faldita corta, cada vez que daba una vuelta.

—¿Qué tuvo que ver contigo?

—La chica tenía las piernas bonitas —dijo pensativamente Gary —, aunque esté mal hablar de esto en un cementerio. Hubo un fulano que se encaprichó de ella, y como Lorna no le hizo caso, le marcó la cara con una navaja. Eso ocurrió delante de mis ojos un viernes a las doce y tres minutos de la noche. A las doce y tres minutos y medio, aquel hombre estaba muerto.

—¿Fuiste tú?

—Le marqué también la cara, pero la bala, que entró por el pómulo, tuvo el mal gusto de salir por el occipucio.

—Hablas de eso con una naturalidad y un aburrimiento que da náuseas.

—Es que sólo soy un granuja y un pistolero. ¿Esperabas otra cosa?

—No, confieso que no. Pero dejemos eso ahora. Continúa.

—El tipo que se metió con Loma tenía cierta influencia en San

Antonio de Tejas. Pertenecía a una familia antigua, adinerada, de las que pesan en la ciudad. Fui a la cárcel, y aunque el jurado me absolvió, el *sheriff* me aseguró que no me iba a sacar de entre las rejas hasta que ofreciera garantías de hacer vida honrada en libertad. Fue entonces cuando Susan llegó a San Antonio y se enteró de eso.

—No veo la relación que pueda tener una cosa con otra.

—Pues es sencilla. A Susan le gustó que yo hubiera defendido a su amiga. Le pareció injusto el hecho de que permaneciera aún entre rejas, y dijo al *sheriff* que le ofrecía la mejor garantía de que a partir de entonces yo iba a ser una persona honrada. Sencillamente, le dijo que pensaba casarse conmigo.

En la frente de Kitty se marcó una diminuta arruga vertical.

—¿Dijo eso?

—Te doy mi palabra.

—Susan siempre fue una chica demasiado romántica. No le hubiera importado casarse con el mismo demonio con tal de sacar al pobrecito del infierno. Pero me pregunto cómo pensaba cumplir su promesa. Ella ya tenía novio aquí.

—Pienso que fue lo mejor que se le ocurrió para que el *sheriff* me dejara en libertad. Y, en efecto, poco después de la marcha de Susan, el *sheriff* me sacó de la jaula y me dijo: «Tenemos la garantía de la señorita Susan Talbot y del banquero Stephens, que ha dejado una fianza por ella. Vas a ir a Oregón a casarte y no vas a aparecer nunca más por aquí. Pero si dentro de un mes no me has enviado una copia del acta de matrimonio, la señorita Susan perderá la fianza. ¡Y son cinco mil dólares!».

—¿Esa cantidad iba a perder mi hermana?

—Supongo que sí, puesto que nuestro matrimonio era imposible, teniendo ella novio. De todos modos yo vine a Oregón por si aún quería cumplir lo que dijo. Me sabía mal que perdiera cinco mil dólares.

—¿Y cargar contigo no hubiera sido mucho peor?

Gary se encogió de hombros.

—Yo doy pocas molestias. Me hubiera largado a cualquier sitio sin tocarle un pelo de la ropa. Y transcurrido un año hubiera podido obtener el divorcio con toda seguridad. En esta tierra es fácil.

—Más fácil hubiera sido quedarse viuda.

—No lo dudo. A un granuja como yo acaban matándolo en cualquier esquina.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

Gary echó a andar hacia la salida del cementerio, pensativamente. Kitty fue tras él haciendo gemir blandamente los muelles de su sillón de ruedas.

—Comprendo que debería irme —dijo Gary—, pero hay algo que me retiene aquí. Es esa lápida.

—¿Quieres descubrir al asesino de Susan?

—Descubrirlo no es la palabra exacta. Ya sabemos quién es el asesino de Susan: Thomas Loup. Lo que hace falta es dar con él.

—Esta mañana a primera hora, mi padre ha reunido a todos los hombres de lo rancho y ha dado una batida fenomenal por las cercanías, pero sin hallar la menor pista.

—También he dado una batida yo —dijo Gary—, y creo que sé hacerlo porque aprendí con los indios el oficio de rastreador. Pero no he encontrado ninguna huella, salvo…

—¿Salvo qué?

Gary extrajo cansinamente dos guantes negros que había llevado doblados en uno de los bolsillos de su pantalón tejano.

—Esto.

—¿De quién son estos guantes?

—A juzgar por las iniciales «T. L.», impresas en ellos, pertenecen a Thomas Loup. Es el único rastro de su paso.

Kitty, desde su silla de ruedas, miró con horror aquellos guantes negros y enormes, que correspondían a unas manos de verdadero gigante.

—Guárdalos —susurró—. Me dan miedo y asco.

Gary Morton los guardó.

Llegaban instantes después a la casa que el padre de Kitty tenía alquilada en la ciudad, y donde solía recibir muchas veces a los tratantes de ganado. Al menos, una docena de hombres sudorosos y cubiertos de polvo se habían congregado ante el porche.

—Son los miembros del equipo —dijo Kitty—. Han debido continuar la batida hasta ahora, pero a juzgar por sus caras no han encontrado nada.

—¿Tu padre tiene buenos perros?

—Sí. Todos los rancheros procuran tenerlos.

—Le daremos a oler los guantes de Thomas Loup y dejaremos que siga el rastro.

—Es una buena idea. ¿Cuántas horas puede necesitar para eso?

—Depende. Pero, aunque empiece ahora, no creo que consiga nada antes de la noche.

—No perdamos tiempo. Vamos a ver a mi padre.

Entraron los dos en el edificio. Jess Talbot estaba sudoroso, y aún se apreciaban en él las huellas de la galopada.

—Gary ha encontrado unos guantes, papá —explicó Kitty—. Propone que dejes seguir el rastro a uno de los perros.

—¿Unos guantes?

Gary los puso encima de la mesa, y Jess Talbot los examinó con una mezcla de aprensión y horror.

—Las manos deben ser gigantescas… —dijo—. Dios mío…

—De nada servirán esas manos cuando empiece a ladrar mi «Colt» 45 —dijo Gary—. Aún no he conocido a nadie que me detuviera los plomos con los dedos.

—Pondremos en práctica su idea.

Llamó a uno de los vaqueros y le encargó que trajera del rancho el perro más hábil y más entrenado para rastrear. Una hora después, el cow-boy regresaba trayendo sobre su caballo un magnifico ejemplar de pastor alemán.

—Éste es «*Hobby*» —dijo el dueño del rancho, como si lo presentara a Gary Morton—. Seguirá el rastro incluso a treinta millas de distancia. ¿Quieres darle a oler los guantes?

Gary se los dejó olfatear hasta que el perro se cansó de frotar el hocico contra ellos.

Instantes después, el animal salía de la casa y corría hacia la salida norte de la población. Allí empezaba una extensa zona de bosques.

Jess Talbot se rascó la nuca.

—Me lo figuraba —dijo.

—¿Qué es lo que se figuraba?

—Tenía que ir por la fuerza ahí. Esos bosques son el único lugar donde puede haberse ocultado un hombre.

—En ese caso envíe tras el perro a cinco de sus mejores

tiradores, y si llegan a ver a Thomas Loup que lo cacen.

El ranchero repitió las órdenes que le había sugerido Gary, pero con una ligera variación.

—Si veis a Thomas Loup tirad a matar —dijo a sus hombres—. Nada de cazarlo vivo.

Cinco tipos con las barbas pobladas y con una expresión asesina en sus ojos salieron al galope detrás del perro.

—¿Usted no va? —preguntó Jess a Gary Morton.

—No es necesario.

—¿Por qué?

—La prueba del perro había que hacerla, pero no encontrarán nada. Yo he rastreado antes.

—¿Está seguro de que sabe hacerlo mejor que ese pastor alemán?

—Aprendí con los indios —dijo Gary—. Ellos me enseñaron tres cosas: a olfatear un hombre, a cazarlo y a hacerlo durar antes de enviarlo al Más Allá. Pero con Thomas Loup no he conseguido nada.

—Cuando le atrapemos querré que me explique algún martirio indio, Gary —dijo Jess rencorosamente—. Juro que se lo pediré.

Gary se encogió de hombros y encendió un cigarrillo junto al porche, mientras sentía clavada en él la mirada cálida e inquietante de Kitty.

Vio entonces, junto a la calle, a un tipo vestido de negro. Aquel tipo tenía los ojos clavados en el polvo y por ellos pasaron como una lejana nube de tristeza.

—Éste es Johnny, el prometido de Susan —dijo en voz baja Kitty —. Parece que ella le anunció que iba a morir. Y está borracho por no haber sabido evitarlo.

—¿Qué dices? ¿Que ella lo anunció que iba a morir?

—Así es. Susan tuvo como un presentimiento. Dijo que algo ocurriría a las diez de la noche.

—Pero ¿por qué las diez de la noche?

—Le habló de los relojes del sótano donde la mataron. Sabes que hay muchos, y la verdad es que nunca funcionan porque se les ha ido dejando allí por inservibles. Pues bien, Susan le dijo a Johnny que ella había entrado y que todos funcionaban. Y todos marcaban las diez.

Kitty estaba segura de que aquel detalle de los relojes llamaría

poderosamente la atención de Gary, y por eso quedó como decepcionada al ver que él ni siquiera parpadeaba una vez.

Inesperadamente, Gary preguntó:

—¿De quién son las estatuas que había en el sótano?

—La mayoría pertenecen a antiguas generaciones. Ni siquiera sabemos por qué están allí.

—¿Te has fijado que muchas están modeladas en cera?

—Sí. Y resultan… ¡Resultan tan especiales! Si yo fuese una mujer que pudiera valerme por mí misma, ya las habría destruido todas.

—Cuando Susan fue asesinada, estaba detenida enfrente de una estatua —dijo tenazmente Gary.

—Ya mencionaste antes eso, pero…

—La estatua no estaba cuando nosotros encontramos el cadáver —dijo Gary—. ¿Qué te hace pensar eso?

Kitty se humedeció con la lengua los labios resecos.

—¿Acaso que el asesino se disfrazó como…, como una figura de cera?

—No sé qué pensar —dijo Gary—, pero hemos de encontrar esa estatua, esa figura o lo que sea. Cuando la hayamos hallado, sabremos cómo y por qué murió Susan. ¿Puedo acompañarte al rancho, Kitty? ¿Podemos investigar allí nosotros dos solos?

—¿Para que puedas matarme con tranquilidad? —susurró ella mirándole fijamente.

Gary contestó:

—Tal vez.

Hizo un gesto de decisión y empujó calle abajo, suavemente, la silla de ruedas de la muchacha.

Capítulo IX

«Rancho Niebla»

Los edificios estaban solitarios cuando ambos llegaron a verlos. Gary conducía un carruaje de caballos, al cual había subido a la muchacha con la fuerza de sus brazos. La silla de ruedas estaba colocada en la parte posterior del vehículo, como un trasto inútil.

Viendo a Kitty así, sentada a un lado del pescante, uno llegaba a olvidarse de que era una paralítica. Gary había pensado eso varias veces durante el camino, mientras la miraba de soslayo. Pero al ver el grupo de edificios del rancho, ya no lo pensó más.

En efecto, había en aquellos edificios algo siniestro, algo que sobrecogía el ánimo sin saber por qué.

Kitty parecía adivinar sus pensamientos.

—El rancho es muy viejo —susurró con la mirada perdida—. Los edificios pertenecen a la época de los españoles, porque, por lo visto, hubo un grupo español que llegó hasta aquí. No sé por qué mi padre los ha conservado de ese modo.

—Tiene más valor así —dijo Gary.

—Quizá, pero los ranchos de este Territorio son todos de otro estilo. Quizá por eso llaman tanto la atención los de mi padre.

Gary Morton miró los caserones. Todo estaba silencioso, vacío. Daba una extraña sensación de muerte.

—Si tú fueras el asesino podrías matarme ahora con toda facilidad —dijo Kitty—. Estamos solos y no soy más que una paralítica.

—Nadie ha dicho que yo no sea el asesino —musitó Gary.

Frenó los caballos, descendió y puso en el suelo la silla de

ruedas. Hecho esto, ayudó a descender a Kitty.

Tuvo una extraña sensación al sentirla en sus brazos. Una sensación que quizá no había tenido nunca.

Depositó delicadamente a la muchacha sobre la silla.

—¿No hay nadie en el rancho? —musitó.

—Sólo una vieja sirvienta india.

—De todos modos, tu padre y los peones llegarán pronto. ¿Dónde está tu madre?

—Ha ido a la ciudad, también. No ha querido quedarse aquí a solas.

—Lo comprendo. Vamos al sótano.

Kitty no protestó. Se dejó conducir dócilmente hacia el lugar donde su hermana había sido asesinada.

Gary encendió la lámpara de petróleo que había a la entrada. Tomó la silla en sus poderosos brazos y descendió con ella las escaleras que llevaban al sótano.

—Todo está igual que la otra noche —susurró Kitty.

—¿No ha venido el *sheriff* ninguna otra vez?

—No; no ha venido nadie.

Gary se situó en el lugar donde debía estar Susan cuando fue asesinada. Pareció tomar medidas con los ojos. Los músculos de su rostro estaban tensos, y todo en él denotaba una suprema concentración.

Kitty se mordió el labio inferior.

—¿Por qué Susan se detendría aquí?

—Porque la estatua le llamaría la atención de un modo poderoso, casi irresistible.

—Sigo sin comprender.

—La estatua representaría a alguien conocido. Quizás a ella misma.

—Es absurdo.

—¿Por qué?

—Todas las estatuas llevan aquí muchos años. Pertenecen a la época de mi abuelo.

—¿Era aficionado a modelar la cera?

—Eso es lo que siempre he oído.

—¿Quién más tiene esas aficiones?

Kitty tuvo un estremecimiento, que se transmitió incluso a su

silla de ruedas.

—Por Dios, Gary, no sé qué estás pensando. ¡Pero mi abuelo está muerto! ¡Está muerto hace muchos años!

—¡No hablo de muertos, sino de vivos!

Bruscamente, sin darse cuenta, los dos habían ido elevando la voz. Kitty tenía la sensación de que todo aquello era irreal, de que estaba viviendo una pesadilla.

—¿Quién tiene también esas aficiones? —gritó Gary Morton—. ¿Quién acostumbra también a modelar figuras de cera?

—¡No lo sé!

—Trata de recordar, te lo ruego.

La voz de Gary se había dulcificado. La muchacha hizo un gesto de absoluta concentración.

—No lo sé; no recuerdo —repitió.

—¿Alguien del rancho?

—No. A mi padre siempre le pareció ridícula la afición del abuelo. Recuerdo que, a veces, nos lo decía. Además, él tiene unas manos duras, toscas. Para modelar la cera hace falta manos de artista.

—No quiero decir tu padre. De sobra sé que él no puede tener nada que ver con esto. Me refiero a alguna otra persona del rancho.

Otra vez la muchacha concentró la mirada, intentando recordar.

—Es inútil —dijo al fin—. Ninguno de los hombres del rancho tiene esas aficiones. Resulta absurdo el mismo hecho de suponerlo. ¿Cómo van a modelar la cera unos tipos que tienen las manos rotas a fuerza de tanto manejar el lazo y el revólver?

—¿Y alguna mujer?

Kitty pareció considerar aquella posibilidad. Luego denegó suavemente con la cabeza.

—Tampoco. Ninguna.

—Tú lo sabrías, claro… —dijo Gary—. La persona que hiciera eso tendría que comprar cera en la ciudad.

—Claro —susurró Kitty—. Y creo que en todo el condado no la venden más que en un par de sitios.

De pronto, sus ojos se iluminaron. Hizo un gesto con los labios.

—¿Recuerdas algo? —musitó Gary.

—Sí… Al hablar de la cera he recordado al viejo Zoltan. El era casi el único cliente que tenía la cerería de Morgan, hasta que cerró.

¡El viejo Zoltan era un escultor fracasado y modelaba esculturas en cera! Había conseguido cosas admirables, a pesar de que todo el mundo se burlaba de él.

Temblaron los párpados de Gary. Por primera vez parecía realmente interesado en algo.

—¿Dónde vive Zoltan?

—Muy lejos de aquí, en una choza de la que casi nunca sale. Por eso no lo recordaba.

—¡Hemos de ir en su busca!

—Pero, Gary… ¿Por qué?

—El pudo hacer la estatua ante la cual se quedó ensimismada Susan. Necesitamos hablarle.

—Pero «Rancho Niebla» está muy lejos…

—¿«Rancho Niebla»?

—Así se llama el lugar donde vivía el viejo Zoltan. Está al fondo de un valle donde casi siempre se deposita la niebla. Por eso le pusieron ese nombre.

—Voy a ir allí si tú me orientas.

—Te acompañaré.

—¿No dices que está lejos?

—El mismo carruaje que nos ha traído hasta aquí puede llevarnos.

—Entonces, vamos.

Salieron del sótano, llevando él la silla. El sótano olía a muerte, pero los cabellos de Kitty, que estaban tan cerca de Gary, olían a juventud y a vida. La sensación que daba la muchacha, a pesar de tratarse de una paralítica, era de una asombrosa vitalidad.

Gary lo dijo cuando llegaron al final de la escalera.

—¿Sabes que eres una chica valiente?

—¿Por atreverme a acompañarte?

—No todas lo harían.

—Si me he atrevido a llegar al sótano sola contigo, mejor puedo atreverme a llegar a «Rancho Niebla», ¿no crees?

Gary Morton sonrió sin ganas.

Ayudó de nuevo a la muchacha a subir al carruaje, cargó la silla en la parte posterior y luego subió él. Segundos más tarde, partían a galope en la dirección indicada por Kitty.

Vieron a lo lejos, en dirección a la ciudad de Morgan, una

extraña nube de polvo.

—Papá y la mayor parte de sus hombres están regresando ahora —dijo Kitty—. Querrán esperar en el rancho a que regrese el perro.

Dejaron atrás los terrenos del rancho, donde pacían centenares de robustas cabezas de ganado, y remontaron un sendero pedregoso que daba la vuelta a una montaña. Desde la cima de ésta vieron el valle.

Uno no sabía explicarse por qué aquel lugar producía una sensación tan extraña.

Era como si allí abajo se hubiera hecho de noche, como si al fondo del valle no llegara jamás la luz.

Una densa niebla se condensaba allí, haciendo imprecisos los relieves de las cosas. Los árboles pelados emergían como dedos de fantasmas. Un silencio espantoso imperaba en todo el valle.

—¿Vive solo el viejo Zoltan?

—Sí.

—¿Y de qué puede vivir?

—Cultiva un pedazo de tierra y tiene unos cuantos animales. Hace años hubo ahí abajo un rancho bastante grande, pero sus dueños lo abandonaron porque no acertaban a vivir en un lugar así.

Descendieron con precaución por otro camino pedregoso, hundiéndose cada vez más en la niebla. Llegó un momento en que era casi imposible ver a más de veinte pasos.

—Estoy pensando una cosa —susurró Kitty.

—Supongo —dijo Gary— que estás pensando lo mismo que yo.

—Éste es un lugar magnífico para que se oculte un tipo como Thomas Loup. Tiene alimentos, y jamás podrían encontrarle.

Gary hizo chasquear sus dedos.

—*Okey*. Yo pensaba en lo mismo. Pero los guantes no aparecieron en esta zona, sino precisamente en el lado opuesto.

—Sí —dijo Kitty—. Comprendo que veo fantasmas en todas partes.

Se detuvieron ante el único edificio del valle, una casa mitad de piedra mitad de madera, con aspecto destartalado. De su chimenea partían unas volutas de humo que inmediatamente se fundían en la niebla.

—El viejo Zoltan está en casa —dijo Kitty—. Hemos tenido suerte.

Gary detuvo el carruaje y realizó la operación de ayudar a Kitty, que tantas veces había llevado a cabo ya. Pero si creía que la costumbre le iba a impedir sentir aquella rara sensación, estaba equivocado. Otra vez, al notar entre sus brazos el cuerpo tibio de Kitty, tuvo un estremecimiento.

La depositó en su sillón de ruedas.

—Es monstruoso… —masculló—. Es monstruoso tener que hacer esto.

—No quiero merecer tu compasión —dijo Kitty—. Yo vivo en una silla de ruedas, pero los pistoleros como tú vivís en la silla de un caballo. ¿Qué diferencia existe?

Gary se mordió el labio inferior.

—Tienes razón.

Llamó con los nudillos en la puerta, y como nadie respondía empujó la hoja de madera. Ésta cedió, dejando ver una habitación grande y mal amueblada, en cuyo hogar crepitaban unos leños. Sobre una mesa había una pipa a medio consumir.

Gary, llevado por el especial instinto que le había dado su vida de aventuras, desenfundó el revólver.

—¿Qué te ocurre? —musitó Kitty.

—No lo sé exactamente. Quédate aquí, junto a la puerta.

Pero Gary sí que sabía lo que ocurría. Era un hombre que pensaba con rapidez. Ningún fumador de pipa la deja tumbada sobre la mesa, de modo que el tabaco resbale de la cazoleta. Y la pipa de Zoltan estaba colocada de una forma que no era lógica.

Quizá por eso no se sorprendió Gary al ver el rastro de sangre. Tal vez por esa razón ni siquiera parpadeó cuando vio el cadáver del hombre con una herida muy fina junto al corazón.

Debían haber matado a Zoltan muy pocos minutos antes, porque el cadáver aún parecía estar sufriendo los últimos espasmos de la agonía. A Gary le bastó rozarlo con las yemas de sus dedos para comprobar que estaba caliente. Oyó tras él el suave chirrido de las ruedas del sillón de Kitty y se volvió secamente.

La muchacha tenía los labios secos, plegados en una mueca. Tampoco parpadeaba.

—Acaban de matarle… —susurró.

—Con un estilete, lo mismo que a Susan.

—Entonces…

—Entonces no podemos perder un minuto —susurró Gary—. El asesino aún ha de estar muy cerca de aquí. Seguramente ha salido mientras nosotros llegábamos, amparado por la niebla. ¡Pero yo lo encontraré! ¡No ha podido ir a caballo, porque hubiéramos oído el ruido de los cascos! ¡Y si va a pie yo sabré encontrar sus huellas!

Dirigió una mirada circular a la habitación. No había allí ninguna puerta, salvo la exterior, porque la casa constaba de una sola pieza. El fuego chisporroteaba en la chimenea, y cerca de ella se encontraba una cama con las ropas desordenadas. Al fondo, un pequeño biombo con varias prendas de vestir sobre el borde. Un armario con rifles de varios calibres y una mesa pequeña con bustos modelados en cera. Era todo lo que había allí, y nada parecía haber sido tocado.

Gary amartilló suavemente el revólver y salió de la casa. Kitty oyó sus pasos en el exterior, perdiéndose entre la niebla.

Se sintió sola, horriblemente sola allí, en su silla de ruedas, envuelta por la niebla que era como una mortaja.

El ruido de las pisadas de Gary se disipó. Sobrevino un espantoso silencio.

Kitty sintió que unas gotitas de sudor frío nacían en sus sienes, no supo por qué.

Fue entonces cuando oyó aquel ruido.

El ruido que hacía alguien al arrastrarse detrás del biombo situado a unos pasos de ella.

Capítulo X

El monstruo

Kitty contrajo los labios e hizo un espantoso esfuerzo para no gritar. Sus manos se agarrotaron sobre los brazos de la silla de ruedas. Sus ojos parecieron ir a salírsele de las órbitas, al quedar clavados en el biombo.

El ruido se repitió.

Era como si alguien que había estado agazapado en el suelo se levantase poco a poco. Como si una bestia al acecho, se pusieron en movimiento, dispuesta a atacar.

Primero surgió la mano.

Era una mano enguantada de negro, una mano ancha y enorme. Kitty pensó con angustia en los guantes que había encontrado Gary y que llevaban las iniciales «T. L.», Thomas Loup…

Lo que Kitty esperaba ver a continuación de aquella mano, lo vio entonces. Sólo que no esperaba que fuese tan horrible. No esperaba que aquel rostro completamente vendado, dejando solo unos pequeños agujeros para los ojos, resultase tan estremecedor. Ni hubiera podido imaginar que las ropas negras y el sombrero, también negro le diesen un aspecto tan de ultratumba.

El asesino, el hombre que había matado a Zoltan y antes mató a Susan, no llevaba ahora ningún estilete en las manos. Sus enormes manos estaban engarfiadas en forma de garras. Se tendieron ansiosas hacia Kitty, buscando matar.

Cuando el monstruo salió por completo de detrás del biombo, Kitty pudo verlo con detalle, aunque sus ojos se estremecieron y tuvo la sensación de que estaba viviendo una pesadilla. Thomas

Loup era un ser alucinante, un monstruo de ultratumba. Kitty sintió que iban a romperse sus cuerdas vocales y oyó su propio grito de horror como si lo hubiera lanzado un ser lejano, un ser situado a cien millas de distancia.

El bosque entero pareció estremecerse ante aquel grito de horror.

Loup lanzó una carcajada y, tendiendo más los brazos, quiso sujetarla por el cuello. Kitty, sintiendo como si todos sus músculos fuesen a saltar, hizo un gesto brusco y echó hacia atrás el sillón de ruedas. El respaldo tropezó con una de las paredes mientras Loup lanzaba otra carcajada.

Kitty sentía el miedo en su propia garganta como si fuera una cosa líquida. Empujó el sillón de ruedas hacia el propio Loup, en una maniobra desesperada, y cuando éste estaba a punto de sujetarla, ella imprimió un quiebro a su cuerpo y a todo el carruaje haciendo una rápida finta que tuvo la virtud de desorientar a Loup, porque éste no la esperaba. Toda la fuerza que faltaba a Kitty en las piernas, la tenía en los brazos, y por eso su movimiento fue tan rápido y certero Loup tropezó con una de las ruedas de la silla y estuvo a punto de perder el equilibrio, mientras los ojos diabólicos brillaban por el hueco de los vendajes. Kitty pasó como una exhalación junto a él, dirigiéndose a la puerta.

Loup lanzó un rugido.

Sus manos fantasmales parecieron arañar la niebla al salir al exterior, persiguiendo a la muchacha. Ésta lanzó a su vez un aullido, un verdadero aullido agónico, al darse cuenta de que la niebla la rodeaba, impidiéndole ver a diez pasos. No sabía dónde estaba el camino, ni dónde encontrar la salvación. Supo en este momento que estaba llegando a los últimos minutos de su vida.

Oyó tras ella las pisadas de Loup, y eso le dio nuevas fuerzas. Creyó ver un hueco entre los árboles, y pensó que el camino estaba allí. Con todas sus fuerzas empujó la silla de ruedas en esa dirección, pero demasiado tarde se dio cuenta de que aquel camino tenía una pronunciada pendiente. Jamás podría remontarla.

Las ruedas se encallaron en las piedras que tapizaban el sendero. Kitty hizo un esfuerzo desesperado, reuniendo todas las energías de su juventud, e intentó desesperadamente remontar la pendiente y salir de aquella encerrona. Pero las ruedas seguían encalladas. Oyó

tras ella, a unos pasos solamente, la respiración afanosa de Loup.

Lanzó otro grito de horror, sintiendo ya en sus propias entrañas el frío de la muerte.

Fue entonces cuando se oyó aquel disparo.

Con el estampido de la pólvora llegó el silbido de la bala, que fue a clavarse junto a la silla, a un par de pulgadas del sitio donde debía encontrarse Thomas Loup. El monstruo dio un salto hacia atrás, mientras sonaba una segunda detonación. Ahora la bala fue un poco más alta, y casi debió rozar la piel del asesino.

Kitty sintió que un sudor helado bañaba su frente. Si Loup, a pesar de todo, la atacaba, ella no podría defenderse. Le bastaría un solo golpe para clavarle el estilete en la nuca.

Pero Loup no se arriesgó.

Las balas habían sido demasiado certeras, a pesar de la niebla, y tal vez pensó que la próxima le volaría la cabeza.

Sus pasos se alejaron precipitadamente entre la niebla, mientras otro disparo rasgaba el aire.

Tan sólo unos segundos después, Thomas Loup se había esfumado igual que un fantasma.

Kitty tragó saliva.

Sintió como si en ella fuera disuelto su propio miedo, su propia sensación de horror.

De entre la niebla surgió entonces otra figura.

Era Gary Morton, cuyo revólver aún olía intensamente a pólvora.

Gary Morton también estaba mortalmente pálido. Esto era posible verlo incluso a pesar de la niebla.

—¿Quién era…? —farfulló.

—Loup…

—Pero ¿es que estaba en la casa?

Su acento reflejaba incredulidad.

—Detrás de aquel biombo… Parecía demasiado pequeño para ocultar a alguien, pero él se había agazapado bien… Dios mío, casi no puedo hablar… Ha sido… ¡terrible!

Gary Morton hizo un gesto como si fuera a acariciarle los cabellos, pero detuvo su mano en el aire.

—Ahora no tienes nada que temer. ¿Por dónde ha huido?

—Es igual, Gary… ¡No me dejes otra vez! ¡No me dejes sola!

—No voy a dejarte, Kitty. He cometido una equivocación, pero no la cometeré dos veces. Tranquilízate. Ahora no hay peligro.

—Creí que iba a alcanzarme… ¡Ya no podía más!

—El que creí que iba a alcanzarle era yo. ¡Maldita sea! En mi vida he fallado un disparo a tan poca distancia como esta vez… Ha sido la maldita niebla. Apenas veía dos bultos, y tenía miedo de herirte a ti.

Kitty apenas se atrevía a mirar a su espalda.

—¿No le has alcanzado? ¿No hay manchas de sangre?

—No.

—Lo siento, Gary. Eso indica que volverá.

—Pero ya no te encontrará desprevenida.

—Era…, era horrible, Gary. Llevaba toda la cara vendada, con sólo dos pequeños huecos para los ojos.

—¿Y sus manos? ¿Estaban quemadas sus manos?

—Usaba unos horribles guantes negros muy semejante a los que tú encontraste. Sus manos eran…, no encuentro palabras… Sus manos eran gigantescas.

Gary guardó el revólver.

—Has sido muy valiente al lograr esquivarle, Kitty. Creo que no lo hubiera logrado ni una mujer en el uso normal de sus piernas.

—Creo que he tenido mucha suerte… No sé ni siquiera cómo he podido lograrlo. Ha debido ser la misma desesperación.

—Vamos a volver a la casa, Kitty.

—Es que…

—¿Tienes miedo de que vuelva a estar allí? No se nos presentará esa oportunidad, muchacha. Le clavaría una bala entre las cejas antes de dejarle hablar.

Hizo una mueca y añadió:

—Ya sabes que yo no soy más que un asesino.

* * *

Silenciosamente, empujando Gary la silla de ruedas, retornaron a la casa. La niebla se iba haciendo cada vez más espesa, más siniestra e impenetrable. Kitty pensaba: «¿Y si en vez de usar el estilete ese monstruo disparase ahora sobre nosotros? No puede estar muy lejos. Y si matase a Gary Morton con una bala a traición, yo quedaría por completo a su merced…».

Pero Gary Morton no parecía pensar en eso, a pesar de que entre la niebla hubiera podido ocultarse una legión de asesinos.

Estaba tan tranquilo como si se dirigiera a una cena de gala, pero Kitty notaba que sus músculos estaban tensos.

Penetraron en la casa, donde yacía como antes el cadáver del viejo Zoltan.

—No te separes de mí… —suplicó Kitty.

—No temas, no voy a dejarte.

Gary dio un puntapié al biombo y escudriñó todos los rincones, ahora con mucha más atención que la vez anterior, lamentando el exceso de confianza que había puesto en peligro la vida de Kitty. Pero no parecía haber ya ningún peligro dentro de la casa, aunque en ésta siguiese flotando la misma sensación de misterio.

Gary abrió un pequeño armario y vio dentro numerosos bustos modelados en cera.

No había hecho más que abrir ese armario cuando Kitty lanzó un grito.

—Mi hermana… —exclamó.

Gary se dio cuenta entonces de lo que Kitty, guiada por el instinto, había visto con más rapidez que él: uno de los bustos, aunque modelado toscamente como si fuera un ensayo, representaba el rostro de Susan.

Kitty cerró los ojos. Y rompió a llorar de pronto, convulsivamente, como si estuviera de nuevo ante el cadáver de su hermana.

Gary se acercó a ella, y esta vez se atrevió a acariciarle los cabellos suavemente, pero tuvo la sensación de que ella ni siquiera lo notaba.

—Ahora lo comprendo —dijo Gary en voz baja—. Susan se detuvo asombrada ante aquella estatua de cera porque esa estatua la representaba a ella…

—Pero ¿por qué? —susurró Kitty con voz tensa, abriendo los ojos—. ¿Por qué esa broma macabra? ¿Contra qué clase de fantasma estamos luchando?

—La venganza de Thomas Loup no es una venganza cualquiera —dijo Gary distanciándose unos pasos de la muchacha—. Quiso hacer comprender a Susan que moriría, la quiso hundir en un clima de terror antes de que llegase el fin. Por eso hizo lo de los relojes,

señalando todos las diez de la noche cuando Susan iba a entrar, y por eso colocó allí la estatua.

—Pero… esa cabeza indica que el viejo Zoltan ensayó. ¡Todo eso significa que la estatua la hizo el viejo Zoltan, trabajando de memoria!

—He dado por supuesto que sería él cuando tú me has dicho que era el único que trabajaba la cera por estos contornos. Por eso hemos venido. Pero el asesino ha tenido la misma idea: No le convenía que el viejo Zoltan llegase a hablar.

Kitty se mordió el labio inferior con tanta fuerza que se hizo sangre en él sin advertirlo.

—En todo esto hay algo que sigo sin entender —dijo Kitty, mirando por primera vez a los ojos de Gary Morton.

—Supongo que estás pensando lo mismo que yo —dijo éste—. Estás pensando que el asesino tuvo que presentarse en esta casa para hacer el encargo a Zoltan, pero te dices a ti misma que Zoltan jamás hubiera aceptado el encargo de un monstruo con la cara completamente vendada. ¿No es así?

—Sí —musitó Kitty—; eso es lo que no entiendo.

—Yo tampoco —confesó él—, pero confío que muy pronto tendrá sentido todo este misterio.

Obsesionados por esa idea regresaron silenciosamente al rancho, llevando en la parte posterior del carruaje el cadáver del viejo Zoltan.

No se extrañaron en absoluto cuando el dueño del rancho les dijo que su perro había llegado poco antes, completamente reventado, sin encontrar ninguna pista.

CAPÍTULO XI

Llegan dos hombres

Anochecía cuando dos jinetes vestidos de negro descabalgaron ante la entrada del edificio principal del rancho, dejando amarrados dos caballos también negros.

Uno de los hombres vestía de vaquero, aunque sus ropas fueran de luto, y no era sino Johnny, el prometido de la difunta Susan. El otro vestía levita y pantalón, y lucía un chaleco cruzado por una cadena de oro. Cualquiera lo hubiese reconocido fácilmente; se trataba de Josiah Loup, el hermano del monstruo Thomas Loup.

Ambos hombres entraron directamente en el comedor, donde estaba reunida toda la familia, con la inclusión del forastero, es decir, de Gary Morton. Gary Morton tenía el rostro ceñudo y apenas miró a los dos visitantes cuando entraron éstos.

El dueño del rancho contempló al que pudo haber sido su yerno.

—Hola, Johnny. Siéntate.

—No, gracias.

—¿Qué te ocurre? Pareces muy alterado.

—¿No se ha encontrado ninguna pista de Thomas Loup?

—No, ninguna. —Y el dueño del rancho miró al hermano del monstruo—. ¿Qué ha conseguido usted? ¿Sabe algo?

—He recorrido la comarca entera sin resultado alguno. No entiendo cómo mi hermano puede vivir. ¡Tiene que buscar alimentos en alguna parte!

—Kitty y el forastero lo han visto en la cabaña del viejo Zoltan —declaró el dueño del rancho—. El viejo Zoltan ha muerto, y mi hija ha estado a punto de morir allí también. Yo supongo que

Thomas Loup vivía refugiado en aquella cabaña, donde no podía encontrarlo nadie.

—No es así —dijo Gary lentamente—. Yo examiné bien la cabaña y no había el menor rastro de que dos hombres vivieran allí. Thomas Loup acababa de llegar y se marchó en seguida. No había el menor indicio de que habitara con el viejo Zoltan.

A Johnny pareció interesarle muy poco aquella conversación. Sus ojos estaban turbios.

—Lo que yo me pregunto —masculló— es qué tiene que hacer un forastero en todo este asunto.

—¿Por qué dice eso?

Gary había levantado la mirada. Sus ojos fríos, grises y de una inexpresiva crueldad, se clavaron en el rostro de Johnny.

—Me he enterado de muchas cosas —gruñó éste.

—¿Ah, sí? ¡Qué curioso!

—Me he enterado —siguió diciendo Johnny con las mandíbulas apretadas— de que usted había venido aquí para casarse con Susan.

La inesperada noticia dejó perplejos a todos, menos a Kitty.

—¿Es cierto eso? —preguntó el dueño del rancho.

En los labios de Gary Morton había una extraña mueca.

—Supongo que Johnny se lo explicará mejor —dijo.

—Sí. ¡Claro que se lo explicaré mejor! —gritó Johnny—. He leído periódicos llegados de San Antonio de Tejas. Allí se comentó la noticia como una gran curiosidad: «¡Distinguida millonaria que se casa con un forajido para salvarlo de la cárcel!». ¡Eso era más o menos lo que decían! ¡Y la millonaria era Susan!

El dueño del rancho estaba pálido como un muerto y tenía la boca ridículamente abierta.

—Pero ¿qué está diciendo este hombre? —balbució.

—¡Ande, niéguelo! —gritó Johnny mirando a Gary Morton.

—No voy a negarlo —dijo éste sin inmutarse— porque es verdad. Susan quiso salvarme, pero no creo que sus sentimientos piadosos llegaran al extremo de querer casarse realmente conmigo. Sencillamente, hubiera perdido la fianza que depositó, cosa que para ella no era demasiado lamentable. Pero yo vine de todos modos aquí porque le había prometido que vendría.

—¡Vino a matarla! —gritó Johnny.

Gary Morton se puso lentamente en pie.

—Le ruego que retire eso —pidió con voz silbante.

—¡La mató cuando supo que ella nunca sería su esposa! ¡Le dolió saber que se le escapaba una tajada de muchos millones, y mató a Susan al saber que ella estaba prometida a otro hombre!

—Le he pedido que retirara esas palabras.

—¡Y yo no voy a hacerlo! ¡Le estoy acusando de asesinato! ¿Es que no sabe lo que hace un hombre cuando le acusan?

Las manos de Johnny descansaban en las culatas de los revólveres. Su intención era inequívoca: buscaba el desafío. Pero Gary mostró su cintura, donde faltaban los cintos canana.

—Voy desarmado —dijo—. Por cortesía, me he despojado de los cintos antes de entrar a cenar aquí.

—¡Pues ármese, cobarde!

—Johnny… —pidió con voz ronca el dueño del rancho—, no continúes por ese camino. No pienso defender a un forastero al que sólo recogí porque estaba muerto de hambre y que luego se ha ganado lo que comía partiendo leña. Pero en mi casa no quiero desafíos a revólver. Si tienes algo de que acusar a este hombre, hazlo ante el *sheriff*. El te escuchará.

—¡No necesito ir al *sheriff* para resolver mis problemas! —gritó Johnny fuera de sí—. ¡Si este hombre no tiene armas que se defienda con los puños! ¡Vamos, cobarde!

Josiah Loup intervino inesperadamente en aquel momento.

—Les advierto —dijo— que yo pienso ayudar a mi amigo Johnny. Si hay pelea, el forastero también sentirá el peso de mis puños.

—¿Su amigo Johnny? —susurró Gary.

—Sí. Hemos hecho gran amistad en el saloon esta tarde.

—Johnny está bebido —dijo secamente Gary—. Vamos, llléveselo de aquí si es usted realmente su amigo. Yo no pego a borrachos.

Los ojos de Johnny estaban inyectados en sangre. Evidentemente había bebido antes de llegar allí. Dio un salto.

—Vamos, Johnny, vuélvase a casa —pidió Gary Morton.

—¡Yo no recibo lecciones de un cobarde asesino de mujeres! ¡Defiéndete de una vez!

El dueño del rancho fue a imponer la paz, pero en ese momento todos oyeron la voz de Kitty:

—Son dos fanfarrones, Gary. ¿Por qué no les das su merecido de

una vez?

La inesperada petición los dejó a todo atónitos. Que la tímida muchacha paralítica pidiera a los tres hombres que se enzarzaran en una lucha que bien podía ser mortal, era algo que no tenía sentido. Su padre la miró asombrado y balbució:

—Pe… Pero…

—¡Atízales de una vez! —gritó Kitty—. ¡Hazles callar!

Sus ojos brillaban con un brillo desconocido y salvaje. Todos los que estaban allí tenían la sensación de no conocerla, de estar viendo una mujer nueva. Su padre gritó:

—¡No hagan caso…!

Pero ya Gary se había lanzado contra sus dos enemigos, volcando la silla en que había estado sentado hasta un par de minutos antes.

Su primer directo fue para Johnny. Con la mano izquierda impidió que sacara su revólver, y con la derecha le clavó un golpe al mentón que lo hizo saltar hacia atrás con un diente menos. Johnny lanzó un aullido de dolor mientras Josiah Loup se lanzaba al ataque.

Josiah llevaba un anillo de gran tamaño, y con él intentó abrir de arriba abajo la mejilla de Gary. Pero éste supo adivinar el golpe. Se ladeó, esquivando, y clavó la izquierda en el hígado de su enemigo. Fue un golpe poco espectacular, pero que dejó sin aliento a Josiah Loup. Cuando éste se inclinaba, Gary le recorrió el rostro con cuatro golpes sincronizados al compás de

uno-dos

que enviaron a su enemigo a tierra con las facciones bañadas en sangre.

Johnny se había puesto ya en pie, pero sus ademanes eran vacilantes. Sin duda estaba beodo, y en esas condiciones era peligroso pegarle. Gary Morton se limitó a dejarlo sin sentido de un golpe junto a la oreja, pensando que el «sueño» subsiguiente acabaría beneficiándole.

En cuanto a Josiah Loup, había sacado ya un revólver de plata de debajo de su levita. Pero Gary se lo arrancó de entre los dedos de un solo puntapié, enviándolo lejos.

Luego, de un cruzado, lo envió volando hasta chocar contra la pared, junto a la puerta.

Ninguno de los que estaban presentes había visto jamás unos golpes tan científicos, tan rápidos y tan poderosos. Los capataces tragaron saliva, disimulando su admiración. El dueño del rancho también pensó en el primer instante que aquello había valido la pena, pero reaccionó en seguida.

—Usted, Josiah Loup —dijo secamente—, llévese de aquí a Johnny si realmente es amigo suyo. Cuando recobre el sentido, dígale en mi nombre que puede volver a esta casa porque le conozco desde que nació y no quiero que las cosas se terminen así. En cuanto a usted, le deseo mucha suerte en la búsqueda de su hermano, pero no vuelva a poner los pies en esta casa. ¡Fuera!

Josiah Loup se restañó con un pañuelo la sangre que resbalaba por su cara.

—¿Y el forastero? ¿Qué va a hacer con él? ¿Piensa felicitar al asesino de su hija?

Jess volvió hacia Gary Morton sus ojos inyectados en sangre.

—Usted saldrá de mi casa esta misma noche —dijo—; no quiero creer que sea el asesino de mi hija. Pero si es cierto lo que Johnny ha contado, ya me parece bastante para no tolerar su presencia un minuto más. Recoja sus bártulos y lárguese. Si algo se le debe por la leña que ha partido, entiéndase con mis capataces. ¡Largo de aquí!

Sus últimas palabras habían sido un rugido. Gary Morton las escuchó sin pestañear.

—No me debe nada —dijo.

—Entonces, váyase.

—De acuerdo. Si me necesita me encontrará en la ciudad de Morgan. Usted no es mal tipo, a pesar de sus berridos. A lo mejor puedo serle útil.

—¡A los vagabundos yo no los necesito para nada!

La esposa de Jess intervino entonces con voz suplicante:

—Por favor… Ha salvado la vida de nuestra hija, a Kitty. Déjale dormir al menos esta noche en el granero. No tiene adónde ir.

Gary le agradeció aquellas palabras con una sonrisa.

—No se preocupe, señora.

Y, recogiendo sus cintos canana, que estaban colgados junto a la puerta, salió al porche de la casa.

Sobre el campo titilaban las estrellas. Se respiraba en el aire, en el ambiente todo, una gran serenidad. Gary, no supo bien por qué,

sintió una honda tristeza al pensar que iba a marchar para siempre de aquella casa.

Quizás era la primera vez en su vida que sentía aquello. La primera vez en que se veía dominado por un sentimiento que era incapaz de explicar.

No se sorprendió al oír aquella voz a su espalda:

—¿Viendo marchar a sus dos amigos?

Kitty tenía la virtud de aparecer y desaparecer como las hadas, igual que si atravesase las paredes. Su voz era dulce y susurrante a espaldas de Gary. Éste musitó:

—Tienes buena vista. Yo casi no los había distinguido.

En efecto, lejos de la casa se veían de una manera casi irreal el avance de dos caballos negros, en uno de los cuales iba montado Josiah Loup. En el otro, doblado sobre la silla, iba el inanimado Johnny.

—Se alejan —dijo Kitty—. Puede que los dos necesiten el repaso de un médico.

—Puede.

Kitty se acercó más a él, haciendo crujir muy levemente los muelles de su silla de ruedas.

—Siento lo que ha ocurrido, Gary. Siento mucho que tengas que salir de esta casa, porque la pelea la he provocado yo en cierto modo. Pero tengo la sensación de que me has adivinado.

—Claro que te he adivinado, Kitty. Claro que sí, paloma. Lo has hecho con toda intención.

—No lo niego. Y creí que me iba a salir peor, porque es la primera vez que azuzo a unos hombres contra otros.

—Pues para ser una aprendiza, lo has hecho bastante bien.

—¿Sabes lo que pretendía?

—Claro que lo sé.

—Yo estaba obsesionada por aquellas figuras de cera, Gary.

—Lo comprendo. Y se te ha ocurrido pensar que quizás el que se nos ha presentado como Josiah Loup fuera el propio Thomas *con una mascarilla de cera cubriéndole las facciones*. Has pensado que el monstruo que asesinó a tu hermana podía estar debajo de esa mascarilla. Y por eso me has excitado para que le pegase. Querías ver si la cera saltaba hecha pedazos ante mis golpes. Hubiera sido un buen momento para capturar a Thomas Loup. Dentro del

comedor hubiese estado acorralado.

—Pero nos hemos llevado un buen desengaño, ¿verdad?

Gary rió quedamente, sin mirarla.

—Un desengaño de los que hacen bulto, muchacha. Con los golpes le he arrancado alguna tira de piel, pero nada más. Y puedo asegurarte que debajo de la piel hay huesos auténticos. Josiah Loup no lleva trampa.

—Entonces es cierto que está buscando a su hermano. Debe sentirse tan desesperado como nosotros.

—Supongo que así es.

Y después de decir esto, Gary encajó bien su revólver y miró de soslayo a Kitty.

—Abur, muchacha.

—¿Te vas ya?

—No tengo nada más que hacer aquí.

—Repito el ofrecimiento que te ha hecho mi madre. Duerme por esta noche en el granero, si no tienes adónde ir.

—Hace muy buena temperatura. Se dormirá a gusto en la pradera.

—Gary, por favor…

El se volvió a medias.

—Nunca he suplicado a un hombre…, a pesar de ser una paralítica —susurró Kitty—. Hoy te suplico a ti. Quédate por esta noche. Me siento más segura si tú estás cerca.

—¿Qué vamos a ganar con que yo me quede en el granero? Ni siquiera te oiría, si alguien te atacaba.

—No sé, Gary… Pero sabiendo que estás tú en el rancho me siento más segura.

Y añadió en un susurro:

—No he sentido eso ante ningún otro hombre.

—Debe ser un elogio, ¿no? —preguntó él secamente—. Está bien, muchacha, me quedaré una noche más. Pero mañana al amanecer me largo.

—No te ofendas por lo que te ha dicho mi padre.

—Un vagabundo no tiene derecho a ofenderse, princesa. No me voy por eso, sino porque no tengo nada que hacer aquí. Muerta Susan, ¿qué diablos se me ha perdido a mí en este rancho?

—Se ha perdido un asesino —musitó Kitty—, y tú tienes que

encontrarlo.

—Lo mismo puedo hacer eso desde la ciudad de Morgan.

Ella pareció resignada.

—Está bien, Gary… Si piensas marcharte, ya sé que yo no voy a poder impedirlo. Pero al menos quédate esta noche aquí. Ven, te enseñaré el más confortable de los graneros.

No le dejó protestar. Hizo girar las ruedas de su silla y avanzó poco a poco por el terreno liso y en penumbra, hasta la zona en que se levantaban los grandes edificios de madera donde se almacenaba el grano. Kitty entró en el más pequeño de éstos.

—Aquí estarás bien.

Entraron. Se percibía en el local un olor intenso y enervante a paja fresca. La oscuridad que imperaba allí parecía un cómplice para los enamorados. Era como si invitara a los hombres y a las mujeres a besarse, a cometer mil locuras, que tal vez ni siquiera habían sido capaces de imaginar.

Gary Morton miró en la penumbra la figura de Kitty.

«Lástima que seas una paralítica —pensó—. Lástima que sea un crimen imaginarte entre mis brazos. Lástima que…».

Le interrumpió la voz de Kitty. Ella, como siempre, parecía haber adivinado sus pensamientos.

—Si tuvieras una novia la traerías aquí, ¿verdad? —susurró.

—Nunca he tenido novia.

—¿Y Susan?

—Susan fue simplemente una buena mujer que quiso hacerme cambiar de vida. Pero jamás pensé que entre nosotros pudiera llegar a haber algo en común. Nunca imaginé que pudiera besarla.

—¿Y… nunca lo has pensado con ninguna otra mujer?

La voz de Kitty temblaba. Parecía una cosa caliente que estuviese palpitando en la penumbra.

—Los hombres nunca somos sinceros al contestar a esas cosas, Kitty.

—Procura serlo una vez.

Gary volvió la cabeza, dejando de mirarla.

—Lo estoy pensando ahora —dijo.

Y sin más palabras se dirigió hacia la puerta. Sus labios temblaban. Diríase que se sentía rabioso y avergonzado de sí mismo.

Llegó a la puerta.

—¿Adónde vas? —susurró Kitty.

—Me conviene buscar una manta.

—Encontrarás en el dormitorio de los vaqueros, pero si quieres una nueva pídesela a mi doncella.

—Sería capaz de darme una manta que oliera a ti —dijo él bruscamente—. No podría dormir.

Fue en línea recta al dormitorio de los vaqueros, que estaba cerca. Apenas ochenta pasos. Sus pisadas resonaban ahora sobre un terreno mejor iluminado porque acababa de salir la luna.

Entró en el dormitorio. Sus compañeros de litera se habían enterado ya por los capataces de que Gary tenía que largarse.

—En cualquier rancho de las cercanías te darán trabajo —dijo uno—. Si eres capaz de tumbar a dos tipos en menos de diez segundos, te aseguro que no te va a faltar faena…

Otro ofreció:

—Si quieres, yo te recomiendo…

El que acababa de decir esto era el tramposo mayor del rancho. Su recomendación no valía ni para ir a la cárcel. De todos modos, Gary sonrió.

—Gracias, muchachos, pero creo que no voy a quedarme a trabajar en la comarca.

Tomó una de las mantas y salió del dormitorio colectivo, para dirigirse al granero. Aunque Kitty estaba cerca, no le gustaba que permaneciese demasiado tiempo sola en aquel edificio.

Iba a llegar a él cuando creyó percibir algo a su espalda.

Quiso volverse, pero no llegó a tiempo.

De pronto pareció sentir como un estampido dentro de su cráneo, y el mundo entero dejó de existir para él.

CAPÍTULO XII

Una mujer sola

Kitty no llegó a darse cuenta de que Gary Morton caía. No oyó el menor ruido tampoco, aunque estaba cerca de la puerta.

El silencio era tan absoluto que daba la sensación de que podía palparse.

Kitty respiró con fuerza.

Fue entonces cuando oyó, lentas y solemnes, viniendo desde muy lejos, las campanadas de las diez de la noche.

Las diez de la noche, la hora en que había muerto su hermana Susan.

La que ella llamaba en su interior «La hora de los demonios».

La sensación de soledad llegó a hacerse agobiante, espantosa.

Y de pronto, aquellas pisadas…

Eran como las pisadas de un lobo cauteloso o como los de un muerto que avanzara sin rozar apenas el suelo.

Kitty sintió que un sudor frío invadía sus sienes. Sus manos temblaron sobre los brazos de la silla.

Entonces lo vio.

Iba vestido de negro, igual que en la casa. Llevaba una capa y un sombrero de alas anchas que le cubría casi enteramente el rostro. Y ese rostro iba vendado por completo, dejando solo unas pequeñas aberturas para los ojos.

El monstruo se hallaba allí. Allí estaba el asesino de Susan, el asesino del viejo Zoltan y el que aquella misma mañana había intentado matarla.

¡Y ahora avanzaba hacia ella otra vez!

Kitty quiso gritar, pero la tensión fue tan terrible que sus cuerdas vocales parecieron romperse. Ni un solo sonido partió de sus labios. Sólo un débil estertor, que parecía un maullido agonizante, se oyó en la inmensa nave.

Loup dio dos pasos más. Su figura que recortó en la puerta.

Kitty quiso llamar a Gary Morton desesperadamente, pero se sorprendió al darse cuenta de que sus labios eran incluso incapaces de pronunciar su nombre.

El terror la atenazaba.

¡No podría pedir auxilio ni moverse de allí! ¡Iba a ser para el asesino la víctima más fácil del mundo!

Loup entró.

Kitty pensó desesperadamente que tal vez podría esquivarle, como aquella mañana, aprovechando la movilidad extraordinaria de su ligerísimo sillón de ruedas. Ella conocía el granero mejor que Loup, y tal vez, si consiguiera desorientarle sólo unos segundos, lograría alcanzar la puerta.

Desde allí podría pedir auxilio. Ella sabía que si conseguía verse en el exterior sería capaz de gritar.

Pero Loup estaba ya precavido, después de lo ocurrido aquella misma mañana. Cerró la enorme puerta del granero, y en el local se hizo una oscuridad casi absoluta.

Kitty se sintió perdida. Supo que jamás lograría abrir aquella puerta con sus solas fuerzas, aunque llegase hasta allí. El inmenso granero, donde se oían ya las carcajadas del monstruo, se había convertido en su propia tumba.

La oscuridad, pese a ser casi absoluta, permitía ver algunos detalles. Y junto a una inmensa pila de sacos, vio Kitty la lividez de los vendajes que cubrían a Loup.

Éste se acercó.

Parecía no tener prisa. Diríase que quería hacer de aquel crimen una espantosa obra de arte.

Kitty tuvo una idea repentina, y con toda la fuerza que le daba su desesperación, se lanzó a ponerla en práctica. Loup estaba junto a una pila de sacos. Si ella pudiera… Bruscamente, sin pensarlo más, hizo girar las ruedas en dirección al monstruo. Su movimiento fue tan repentino y, al parecer, tan absurdo, que el mismo Loup quedó como paralizado. Cualquier cosa podía esperar menos que la

muchacha se lanzase contra él, como si los papeles se hubieran invertido. Aquella vacilación duró apenas unos segundos.

Luego lanzó una carcajada.

Pero la oscuridad le impidió ver que la muchacha tiraba con todas sus fuerzas de uno de los sacos, mal colocados, haciendo vacilar toda la enorme pila, aun a riesgo de morir aplastada ella misma. Sólo cuando Loup oyó como un terremoto en el aire se dio cuenta del peligro que corría.

Ágilmente, con la velocidad de un lobo hambriento, saltó hacia la derecha, esquivando la muerte que se cernía sobre él.

Un par de sacos le dieron en la espalda, pero sin lograr derribarle. La montaña que hubiera podido aplastarlo se derrumbó blandamente junto a él sin causarle daño alguno.

Loup lanzó otra carcajada.

Kitty tampoco había sufrido ningún daño, porque había podido apartarse a tiempo, pero en cambio ahora estaba más acorralada que nunca. Los sacos se hallaban esparcidos a su alrededor, cercándola, haciendo imposible que sobre ellos pasaran las ruedas de su silla.

Supo que había jugado su última carta y que había perdido. Ahora había llegado la hora de morir.

Intentó acabar con orgullo, sin dar a su asesino la satisfacción de verla horrorizada.

—¡Cobarde! —Escupió.

Loup alzó el brazo derecho.

En su mano, Kitty vio brillar un estilete igual al que había matado a Susan.

Loup volvió a reír. Al pasar por entre sus vendajes, la risa parecía surgir del fondo de una tumba.

Kitty cerró los ojos.

Fue entonces cuando oyó aquella voz a su espalda:

—¿Es que no te has enterado aún de que las mujeres no necesitan afeitarse, imbécil?

Kitty sí que consiguió ahora lanzar un grito.

¡Era la voz de Gary Morton!

Loup bajó rápidamente el estilete, y trató de asestar un tajo al cuello de la muchacha. Pero tuvo que lanzar un alarido cuando una bala segó el estilete por la mitad, dejándolo convertido en un

ridículo pedazo de acero que para nada servía.

Hubo entonces un segundo de espantoso silencio.

Y en ese silencio se oyó el «tic» del martillo de Gary al alzarse nuevamente.

Gary susurró:

—Tú lo has querido, perro. Haré que te entierren con máscara y todo.

Iba a apretar ya el gatillo cuando Loup demostró que era un auténtico demonio. Haciendo gala de una agilidad que hubiera envidiado un equilibrista, se lanzó tras una pila de sacos cuando del revólver de Gary brotaba una llamarada. La bala le agujereó el sombrero, pero nada más.

La penumbra era muy espesa, y resultaba fácil para un hombre ocultarse allí, sobre todo si aquel hombre era Loup, que parecía tener la habilidad de una rata. En un solo segundo, Gary lo vio y dejó de verlo. Su revólver, que estaba listo para disparar, buscó inútilmente la presa.

Kitty susurró:

—¡Dios mío!

Las fuerzas que la habían sostenido hasta entonces estaban decayendo por instantes. Gary se dio cuenta de que la emoción la vencía, ahora que ya había pasado todo. Vio a la muchacha caer blandamente al suelo desde su sillón de ruedas.

Aquélla era la oportunidad de Loup. La aprovecharía para escapar.

Por eso Gary no se preocupó en los primeros momentos de la chica. Necesitaba encontrar al monstruo y clavarle una bala entre los ojos, a través de los vendajes. Saltó de costado, rozando casi el cuerpo de Kitty, y buscó ansiosamente a Loup. Pero éste se movía entre las pilas de sacos igual que una sabandija. Supo que no lo encontraría jamás, a menos que…

¡La puerta! Thomas Loup estaría perdido si intentaba salir por la puerta. Bastaría que su silueta se recortara diez segundos a la luz de la luna para que Gary le clavara diez balas en el cuerpo.

Pero los vaqueros del rancho complicaron las cosas. Habían oído el disparo y todos acudían en tropel hacia allí. La gran puerta del granero se abrió de repente, recortándose por lo menos cinco siluetas en el umbral. Fue ése el instante que una sombra

acurrucada eligió para saltar al exterior, sin que Gary se atreviese a disparar para no herir a alguno de los vaqueros.

La claridad lunar penetró hasta el lugar donde estaba caída Kitty.

Jess, su padre, que iba con el grupo, lanzó un grito de horror.

—¡Le juro, Morton, que si a ella le ha ocurrido algo le voy a…!

Morton se pasó la mano izquierda por la frente, donde brillaban unas gotitas de sudor.

—No tema; no le ha ocurrido nada.

—Pero ¿qué infiernos ha sucedido aquí?

Gary Morton recogió a la muchacha en sus brazos, con cuidado, mientras ella iba recobrando el sentido. La depositó blandamente en la silla, apoyando su nuca en el respaldo.

Jess se acercó a él con las facciones lívidas.

—¿Quién ha sido…?

—Thomas Loup.

—¿Otra vez ese monstruo? ¡No es posible!

—Debía estar acechando. Kitty me ha pedido que pasara la noche en el granero, e, incluso me ha acompañado hasta aquí. Luego, yo he ido a buscar una manta, y ella ha quedado sola unos instantes. Loup me ha golpeado por la espalda y ha entrado en el granero. Creía poder matar a Kitty con tranquilidad, pero mi desvanecimiento ha durado menos de lo que esperaba. He podido entrar por una de las ventanas del granero, interrumpiendo su juego justo en el último instante.

Jess le miró con una desconfianza y un recelo que ya no trataba de disimular.

—¿Sabe una cosa, Gary Morton?

—¿Qué?

—¿Por casualidad no se ha dado cuenta de que ese monstruo no había aparecido por aquí hasta que usted llegó a la casa? ¿Y tampoco se ha dado cuenta de que siempre que ataca a Kitty están solos usted y ella?

—¿Qué quiere decir?

—Juzgue usted mismo.

Un círculo de rostros amenazadores se había formado en torno a Gary Morton. Todos estaban impresionados al haber visto a Kitty caída en tierra, y Gary comprendió que en aquel momento, ante una

simple sospecha, no les importaría matar.

—Yo diría que está usted borracho —dijo mirando a Jess—. Apártese.

—¡Quieto!

Uno de los vaqueros había sacado un revólver. Gary, que estaba a dos pasos de él, levantó ágilmente la pierna derecha y golpeó el «Colt» con la punta de la bota. El arma saltó por los aires.

Otro de los vaqueros se lanzó sobre él. Gary movió ambos puños y los clavó, alternativamente, en un alucinante uno-dos, en la mandíbula del que le atacaba. El cow-boy saltó hacia atrás como si lo hubiera empujado una catapulta.

Jess aulló:

—¡Apresadlo!

Kitty, que iba recobrando el sentido, dijo algo, pero nadie la oyó. Su voz fue anulada por el chasquido de la mandíbula de otro de los vaqueros, al recibir un impacto.

Gary Morton saltó hacia la puerta.

Ahora ya lo comprendía todo, ahora ya sabía cómo capturar a Loup, y hasta le maravillaba que no se le hubiese ocurrido antes. Pero primero necesitaba salvar su vida.

Dio un salto y corrió hacia la salida, mientras tras él crepitaban los revólveres.

Jess aulló:

—¡No le dejéis escapar! ¡El es el verdadero asesino!

Las balas rasgaron el aire.

CAPÍTULO XIII

Cadáveres en la llanura

Gary Morton sintió la quemadura del plomo en una pierna, al rozarle una bala, pero no se detuvo por eso.

Otra bala le arrancó piel de la mejilla izquierda, justamente cuando lograba ocultarse a la vista de los vaqueros. Éstos tiraban a matar, siguiendo órdenes del dueño del rancho.

Pero Gary, mientras corría frenéticamente hacia las cuadras, pensó que no valía la pena guardarles rencor. Demasiado sabía él lo poco que cuesta apretar el gatillo, se tenga o no se tenga razón. Y en cuanto a Jess Talbot, el dueño del rancho, ¿quién podía acusarle después de haber visto asesinada a su propia hija?

Pero éste no era momento para reflexionar.

Su vida o su muerte dependían de la fracción de un minuto. Corrió hacia las cuadras y vio junto a la puerta a «Satán», uno de los mejores caballos del rancho. Lo montó de un salto, sin ensillar, y se lanzó a un frenético galope hacia la llanura.

Los vaqueros se precipitaron a perseguirle, a pesar de que Kitty les gritaba que estuviesen quietos desde su silla de ruedas. Pero quisieron montar todos a la vez, y los caballos se amontonaron a la salida de las cuadras, cortándose el paso unos a otros. Con esto Gary Morton ganó unos minutos preciosos.

Tenía, además, la ventaja de que nadie podría seguir las huellas a la débil luz de la luna.

Se perdió por los bosques que había hacia el norte, a unas ocho millas de allí, y esperó la llegada del alba.

Cuando las primeras luces asomaron por el horizonte, Gary se

lavó en un riachuelo cercano, comprobó la carga de su revólver, se preocupó de que su caballo comiera cuanta hierba le apeteciese y salió del bosque para seguir cabalgando por la llanura.

Pero, cosa extraña, no trató de huir, sino que empezó a trazar con el caballo un largo círculo alrededor del rancho.

No galopaban por la llanura, sino que se adentraba por las quebradas y por todos los accidentes del terreno, buscando algo.

Los indios le habían enseñado a rastrear, y en estos momentos Gary Morton no parecía un hombre blanco, sino un auténtico piel roja.

Sabía que los hombres del rancho Talbot estarían organizando su persecución. Pero eso no parecía preocuparle.

Se hubiera preocupado, sin embargo, caso de saber que Kitty iba también tras él.

* * *

Kitty, en efecto, había aparecido en su silla de ruedas con las primeras luces del alba. Pero en vez de sus ropas femeninas llevaba puesta una camisa y unos pantalones de montar.

Sus músculos tensos, juveniles y rotundos, se marcaban bajo la delgada tela. Los hombres del rancho la miraron con ojos vidriosos.

Su padre preguntó:

—¿Por qué has bajado de tu dormitorio tan pronto? ¿Y qué haces vestida de esa forma?

—Voy a montar a caballo.

—¿Quéeeeeeee?

—He dicho que voy a montar a caballo.

—¿Estás loca?

—El médico siempre dijo que mi parálisis era más bien nerviosa, y que un esfuerzo desacostumbrado podía, quizás, hacerla desaparecer. Por eso voy a montar a caballo.

—Tú no lo haces por eso, Kitty. Sabes que no te curarás.

Ella se mordió el labio inferior.

—¡Está bien, no lo hago por eso! ¡Pero quiero dar con aquel hombre!

—No le será fácil conseguirlo, señorita —dijo uno de los capataces—. Nosotros hemos dado vueltas durante toda la noche. Ahora, con la luz del día, iremos siguiendo sus huellas.

—Yo quiero hacerlo también.

—¡Pero si no podrás sostenerte sobre la silla! —gritó su padre.

—Dadme un caballo manso. Si me suben y me ponen los pies en los estribos, sé que podré sostenerme.

—¡El que voy a salirme de los estribos soy yo! —aulló Jess—. ¡Eso es una locura! ¡No quiero que el caballo te aplaste! ¡Vuelve a casa!

Kitty bajó la cabeza y se sometió, pero su padre debió haber comprendido que la muchacha aceptaba la negativa con demasiada facilidad. Cuando los hombres hubieran salido del rancho a uña de caballo, ella fue hacia las cuadras en su sillón de ruedas y eligió el más manso de los corceles. El que estaba de vigilancia allí la ayudó a subir y la afianzó bien en la silla, creyendo que tenía autorización de su padre.

Yendo solamente al trote, la muchacha salió del rancho.

Tuvo una maravillosa sensación de libertad al verse sola y cabalgando por la llanura, y durante largos minutos llegó a olvidar por completo que era una paralítica, a la que habían puesto sobre la silla de un caballo como antes la pusieron en un sillón de ruedas. Pero cuando el caballo tropezó y ella estuvo a punto de caer porque sus piernas no la obedecieron, se dio cuenta de que nunca volvería a ser como antes.

Unas lágrimas de desesperación asomaron a sus ojos.

Durante horas y horas fue recorriendo la llanura, pero no siguió el mismo sistema que los hombres del rancho. Éstos trazaban círculos cada vez más amplios alrededor del rancho, y de ese modo podían tardar dos días enteros en dar con Gary, porque las huellas habían sido confundidas por las patrullas de la noche anterior. Ella, en cambio, se dejó guiar por el instinto que habían llegado a darle sus largas horas de soledad en la silla de ruedas. Supo distinguir, entre los centenares de pisadas de caballo que había por todas partes, unas huellas más espaciadas —lo cual indicaba que el caballo había galopado más aprisa— que se dirigían hacia un bosquecillo. Allí supo encontrar las mismas huellas, que se dirigían a un despeñadero.

Siguió por él.

Con la larga búsqueda habían transcurrido muchas horas y ya caían las primeras sombras de la tarde, pero ella no tenía hambre ni

se daba cuenta de nada. Sólo sabía que estaba tras el rastro de Gary Morton.

Y cuando ya la tarde se había teñido de un siniestro color violeta, encontró al hombre.

Encontró a Gary.

Gary estaba al lado de dos cadáveres.

* * *

Él la vio desde abajo, cuando ella asomó por el borde de un declive, y sus labios se curvaron en una sonrisa de admiración.

—¡Vaya! No imaginaba que fueras tan bonita ni tan valiente. ¿Cómo has podido sostenerte sobre la silla?

Kitty miró con ojos desorbitados. No podía hablar.

Junto a Gary estaba el cadáver retorcido de Johnny, y además Gary había abierto una tumba por la que asomaba el pie calzado —sólo el pie— de un segundo muerto.

La muchacha sintió un escalofrío en el pecho, en la garganta. La sacudió un ramalazo de horror.

—Dios mío… —pudo balbucir—. Has matado a Johnny…

Gary Morton lo señaló con el mentón.

—Si te fijas un poco en él, te darás cuenta por su color y por su rigidez de que hace ya muchas horas que está muerto. Y te darás cuenta también de que lo han matado con un estilete.

La muchacha tragó saliva con dificultad, mientras la misma sensación de helado terror aún le sacudía el pecho.

—Claro que tú estarás en tu derecho si piensas que yo puedo tener un estilete escondido —dijo Gary.

—Yo…, Gary…, no…, no pienso eso.

—Tienes una extraña confianza en mí, muchacha. Si ahora te atacase no podrías apenas defenderte. Eres una paralítica de cintura para abajo.

—No tengo ninguna lesión —dijo ella amargamente—. Soy paralítica debido a un fallo del sistema nervioso. Pero tal vez algún día…

—Tal vez algún día podrás curarte, ¿no? —susurró él—. Pero, desde luego, no podrías conseguir la curación en un par de minutos, que es lo que yo necesitaría para alcanzarte.

Ella se mordió el labio inferior.

—Gary…, yo…, yo tengo confianza en ti.

Quizá por primera vez en su vida pareció como si a Gary Morton se le humedecieran un momento los ojos.

—Gracias, muchacha.

—Gary… —preguntó ella con un soplo de voz—. ¿Quién crees que ha matado a Johnny?

—El mismo que mató a tu hermana.

—Y ese otro cadáver del que solamente se ve un pie…, ¿a quién pertenece?

—No puedo decírtelo ahora, Kitty. Te lo diré más adelante.

—¿Y por qué no puedes decírmelo?

—Sencillamente, porque no creo que te convenga saberlo.

—¿Tan horrible es lo que se oculta en esa fosa?

—Lo es, Kitty.

Ella volvió a tragar saliva con dificultad. Le escocía la garganta.

—Gary… —susurró—. Los hombres de mi padre te están buscando.

—Lo sé.

—No les culpes. Son gente que siempre han vivido aquí, y para ellos matar es tan natural como comer o dormir. Si creen que tú eres el asesino, te llenarán de plomo en cuanto te vean.

—Lo sé, también, y me parece muy lógico.

—¿Por qué huiste anoche, Gary? ¿No te diste cuenta de que así te acusabas a ti mismo?

—Huí porque no podía dar ninguna explicación en aquel momento. Y porque acababa de darme cuenta de quién es el asesino. Si quería tener alguna posibilidad de capturarle, no podía perder un minuto.

—¿Sabes ya quién es el culpable? —susurró ella con expresión incrédula.

—Claro que lo sé, Kitty.

—¿Y por qué no se lo dices a mi padre?

—Porque nadie me creería. Es una cosa espantosamente sencilla y al propio tiempo espantosamente complicada, Kitty. Para descubrir al asesino necesito capturarle con las manos en la masa.

—Entonces, si los vaqueros del rancho te capturan acabarán contigo, Gary.

—Gracias por darme tan consoladoras noticias.

—Gary… —La muchacha parecía dar vueltas en su mente a una sola idea fija—. Yo sé que Loup quiere matarme, pero jamás pretendí hacerle tanto daño ni convertirle en un monstruo. Yo sólo pretendía defenderme y defender a mi hermana.

—Lo sé, Kitty.

Ella se llevó la mano a los ojos, como si fuera a desvanecerse. La verdad era que le costaba un horrible trabajo mantenerse sobre la silla, habiéndolo conseguido hasta entonces gracias a que ésta tenía, como las sillas mejicanas, un fuerte pomo al que sujetarse. Al abrir los ojos de nuevo, la muchacha se dio cuenta de que la oscuridad les envolvía ya.

—Escucha, Gary —susurró mientras las tinieblas brillaban dulcemente sus ojos—, ya sé que no soy más que una paralítica y que difícilmente me curaré jamás. Pero tu situación es muy difícil. Mi padre te persigue, el *sheriff* de Morgan puede que pronto lo haga también, y sé que si logras salir de este Territorio no podrás volver a Tejas, porque probablemente te perseguirá también el *sheriff* de San Antonio. Para librarte de todos los peligros y convertirte en un hombre respetable, mi hermana estaba dispuesta a casarse contigo. ¿Quieres…, quieres aceptarme a mí, Gary? Yo sé que valgo menos que mi hermana, pero…

No podía decirse con certeza, a causa de la oscuridad, pero otra vez pareció como si se humedecieran un instante los ojos de Gary Morton.

—Eres muy buena, Kitty.

—Sé que es muy poco lo que como mujer puedo ofrecerte, pero… ¿me aceptas?

—No hagas ningún sacrificio por convertirme en un hombre respetable, muchacha. No soy un forajido porque haya dado un mal paso. Me limité a matar a un hombre en defensa de una mujer.

Ante el silencio confuso de la muchacha, Gary añadió:

—Eres demasiado buena, Kitty.

—Gary, yo… Sé que soy muy poca cosa, pero…

—Tú eres la mujer más bonita que he conocido, Kitty —susurró él—. La más bonita y la más buena. Pero estás por encima de mí. Tu padre es un hombre rico.

—Gary, yo seguiría tu camino, renunciando a lo que mi padre pueda darme. Yo sólo pido…

Aquello era una confesión de amor. Una confesión de amor casi sagrada, porque había sido hecha ante una tumba. Los dos se dieron cuenta de la importancia de aquellas palabras, y se estremecieron.

—Vuelve al rancho, Kitty —susurró él.

—Pero…

—Vuelve al rancho. Se está haciendo de noche.

—Pero tú…

—Yo me quedo aquí, Kitty.

—¿Y no contestas a ninguna de mis palabras?

El guardó silencio. Un silencio hosco, espeso y cargado de presagios.

Kitty sintió que las lágrimas nacían repentinamente desde el fondo de sus ojos.

Se sentía confusa y humillada como jamás lo había estado en el resto de sus días. En aquel momento sus piernas inmóviles, donde sólo quedaba un resto de fuerza, la humillaron y la dolieron como si alguien las estuviera marcando con un hierro al rojo.

—Lo siento, Gary —susurró—. Perdóname. He sido una tonta.

E hizo dar vuelta al caballo, alejándose de allí.

Gary Morton, junto a los dos cadáveres, se la quedó mirando silenciosamente.

CAPÍTULO XIV

¡La hora de los demonios!

Hacía ya mucho tiempo que las tinieblas cayeron sobre los campos.

Kitty sabía que los hombres de su padre recorrían el terreno, pero no había encontrado a ninguno de ellos. Quizá se habían dirigido ya al rancho, sabiendo que no hallarían nada durante la noche.

De pronto, al remontar una suave colina, Kitty creyó distinguir puntitos luminosos al otro lado del bosque que tenía enfrente. Aquellos puntitos luminosos se acercaban hacia allí. Sin duda eran su padre y algunos hombres, que buscaban huellas sirviéndose de antorchas.

Kitty lanzó un suspiro de alivio.

Sentía ya miedo, después de tantas horas de vagar por la llanura, espantosamente sola. Sabía que estaba indefensa, porque su caballo era viejo y ella apenas podía sostenerse ya sobre la silla.

Las manos le dolían de tanto sujetarse al pomo.

Kitty pensó que si se dirigía al bosque, hacia el cual se encaminaban también los puntitos luminosos, encontraría antes a su padre.

Golpeándole ligeramente en el cuello, hizo que el caballo emprendiera un trote corto en dirección al bosque.

Pero Kitty no hubiera hecho nunca aquello caso de saber que iban a dar muy pronto las diez de la noche.

El bosque estaba sumido en un espantoso silencio.

Sólo los mil susurros de la Naturaleza llegaban hasta ella. Ese lenguaje extraño y un poco siniestro que la Naturaleza emplea

durante la noche.

Kitty sentía prisa por llegar al otro lado del bosque. Una espantosa sensación de miedo la había invadido, recorriéndole la espalda desde la cintura a la nuca.

Y de pronto vio la muerte.

Vio la muerte suspendida de un árbol, colgada casi encima de su cabeza.

* * *

El hombre vestido de negro, con la copa y el sombrero de anchas alas, estaba acechando desde la rama lo mismo que un buitre. Sus ojos, diabólicamente fijos, miraban a Kitty a través de los dos pequeños huecos que dejaban los vendajes.

Kitty lanzó un grito de horror, mientras su caballo se encabritaba. En este momento se supo irremediablemente perdida y, cosa extraña, pensó en lo que diría su padre cuando encontrase el cadáver. Pensó si acusaría a Gary Morton también, puesto que ella no podría declarar ya nunca.

Ésta fue la última idea mientras caía del caballo y mientras el monstruo saltaba por el aire hacia ella.

Su amplia capa se movió como la de un vampiro. Los vendajes blancos le dieron el aspecto de una visión de pesadilla.

Kitty gritó.

Su grito murió inútilmente en la inmensidad del bosque.

Loup se arrojó sobre ella, riendo satánicamente. En su mano derecha brilló un largo estilete, curvado como el colmillo de una fiera.

—¡Qué poco educado eres con las señoras, Loup!

El monstruo se volvió con gesto rabioso, mientras lanzaba un rugido. Gary Morton le contemplaba a poca distancia de allí, en actitud que parecía amistosa, con las manos negligentemente apoyadas en la silla de su caballo.

—He seguido a la chica, Loup —dijo Gary con voz tranquila—, sabiendo que iban a dar las diez de la noche y tú la acecharías en cualquier lugar. Vamos, ¿por qué no descargas el golpe de tu estilete? ¿Ya no te acuerdas de cómo lo hiciste con Susan?

Loup se puso en pie. Todos sus músculos estaban tensos.

—Supongo que tienes un revólver, Loup —dijo Gary sin hacer

un solo movimiento—. Voy a darte una oportunidad. ¿Por qué no «sacas»?

Loup, lanzando un nuevo rugido, llevó la mano derecha a su funda axilar, mientras lanzaba el estilete. Un revólver brilló entre sus dedos. Lo puso en línea de tiro, mientras lo amartillaba febrilmente con una sola mano.

Empezó a lanzar una carcajada, al ver que Gary no se había movido. Cerró el dedo sobre el gatillo.

Una sola detonación se oyó en la noche.

Gary, con un solo y seco movimiento, acababa de disparar a través de la funda. Si Loup hubiese estado más sereno se habría dado cuenta de que Gary había situado ya su caballo de forma que con sólo levantar un poco el revólver, sin sacarlo de la funda, Loup quedaba apuntado automáticamente. Y la bala atravesó los vendajes, por el centro de los dos huecos que quedaban para los ojos.

Loup cayó. Su mano derecha se abrió, dejando caer el revólver. Fue ése su último movimiento.

Gary descendió del caballo, ayudando a incorporarse a la muchacha, que reía y lloraba a la vez.

En ese momento, cuando la tenía entre los brazos, un ruido de caballos a galope pareció atravesar el bosque, e inmediatamente cinco jinetes, llevando antorchas, irrumpieron en el lugar de la escena.

Jess, el padre de Kitty, quedó boquiabierto al ver aquel cadáver cuyos vendajes se estaban tiñendo de rojo.

—Pero ¿qué es esto? —rugió—. ¿Cómo ha podido…?

—Gary me ha salvado la vida… —susurró Kitty—. ¡Gary me ha salvado la vida!

Los ojos asombrados de Jess iban desde el rostro de su hija al cuerpo sin vida tendido en tierra.

—¿Es ese Thomas Loup? —preguntó.

—No —dijo Gary.

La sorpresa hizo que las mandíbulas de Jess Talbot produjesen un crujido.

—¿Que noooooo?… Entonces…

—¿Por qué no se molesta en quitarle los vendajes?

Jess Talbot, todavía con una mirada de asombro en sus ojos,

descendió del caballo y se arrodilló junto al cadáver, empezando a retirarle las vendas.

Ante sus ojos apareció el rostro crispado, pero completamente normal… ¡de Josiah Loup, el hermano de Thomas! ¡El mismo que había estado varias veces en su propio rancho!

—El auténtico Thomas Loup está enterrado a poca distancia de aquí —dijo Gary con voz baja—. Lo he descubierto esta tarde. El cadáver era sencillamente horrible, pero las causas de su muerte eran naturales.

—Entonces…, ¿a qué se debe todo esto?

—Los dos hermanos Loup vinieron aquí para consumar su venganza. Pero Thomas, el monstruo, falleció de muerte natural cuando ya estaban sobre la pista de las dos muchachas. Josiah lo enterró y se dispuso a terminar por su parte aquel siniestro «trabajo». Para asesinar se vendaba el rostro, como si efectivamente hubiera debajo una cara quemada y monstruosa. En los demás momentos era un ser normal, incluso atractivo, que decía buscar a su hermano. Y todo el mundo perseguía a un fantasma, no a él. Con aquella doble personalidad, Josiah Loup alejaba de sí todas las sospechas.

—Pero…, ¿cómo sospechó la verdad?

—La primera vez que se me ocurrió esa idea fue al pensar que el viejo Zoltan había hecho una estatua de cera por encargo de Loup, estatua que no hubiera hecho si se la hubiese encargado un monstruo o un hombre con la cara vendada. A casa del viejo Zoltan tuvo que ir un hombre normal, y ese hombre normal podía ser perfectamente Josiah. Pero anoche tuve la completa seguridad de que estaba en lo cierto. Josiah Loup sabía que yo había sido expulsado del rancho y que aquél era un buen momento para asestar su golpe. Sólo él podía aparecer allí con tanta rapidez, después de fingir que marchaba con Johnny. Claro que eso presuponía deshacerse del pobre muchacho, cosa nada difícil porque Johnny estaba bebido. Cuando esta tarde he hallado su cadáver muy cerca de la tumba de Thomas Loup, ya no me ha cabido ninguna duda.

—¿Johnny ha muerto? —susurró el ranchero.

—Lo siento, pero así es.

Jess Talbott se acercó a él con los hombros hundidos y los

brazos caídos a lo largo del cuerpo.

—He sido injusto con usted, muchacho —susurró—. No sé cómo disculparme. Si algo puedo hacer por usted…

Gary sonrió.

—Sí que puede hacer algo, Jess.

—Delo por hecho. ¿De qué se trata?

—Recomendarme para que me admitan como capataz en algún rancho de las cercanías. Sé que hay algunos que tienen disponible ese puesto.

—¿Es que quiere afincarse por aquí? ¿Quiere dejar de ser para nosotros un forastero?

—Sí.

—¿Por qué, Gary?

Gary sonrió, mientras hacía más dulce su abrazo a Kitty, a la que aún sostenía entre sus brazos.

—Porque quiero estar cerca de la mujer que amo —dijo sencillamente.

Kitty tuvo un estremecimiento.

En sus ojos había lágrimas.

CAPÍTULO XV

Un grito de mujer

Gary Morton llevaba quince días trabajando en el rancho de los padres de Johnny. Tan poco tiempo le había bastado para que se le considerara el mejor capataz de los contornos. Jess Talbot, el padre de Kitty, pensaba que su hija tendría una gran suerte y no necesitaría a nadie en el mundo si se casaba con él.

Y todo parecía encaminado hacia aquella boda.

Gary y Kitty se veían todas las noches y hablaban en el gran porche silencioso, cara a la llanura. Sus manos unidas y quietas decían más que todas las palabras. Sin embargo, Kitty era más desdichada que en cualquier momento de su vida.

Hasta entonces se había resignado a su parálisis, sabiendo que iba a quedarse soltera. Pero ahora, al pensar que Gary y ella iban a ser marido y mujer, se daba cuenta de cuán poco podía ofrecerle. Y sus piernas le causaban horror y le pesaban como la losa de su propia tumba.

Jess Talbot escribió a un famoso médico de Chicago para que se pusiera en camino, sin reparar en gastos, con tal de poder visitar a su hija. El médico aceptó, pero dijo que tenía exceso de trabajo y no podría ponerse en camino hasta transcurridos dos meses.

Kitty pensaba en eso aquella noche, sola en su habitación, sentada en su silla de ruedas. Pensaba que, aun contando con aquel médico pudiese hacer algo por ella, dos meses serían una eternidad.

Gary había estado viéndola poco antes, como todas las noches, pidiéndole que le guardase un rifle labrado en plata que le acababa de regalar el padre de Johnny.

—Lo pondremos como adorno junto a la chimenea de nuestro nuevo hogar —había dicho—. ¿Te das cuenta? Es el primer objeto que tenemos…

Y él mismo lo había colgado en una de las paredes del dormitorio de la muchacha, a bastante altura, en un lugar donde quedaba altamente decorativo.

—No es muy apropiado para el dormitorio de una señorita —había dicho, sin embargo, Kitty.

—Lo comprendo, pero estará ahí poco tiempo. Además, te conviene tenerlo de momento, por si alguna vez necesitas defenderte. He dejado una bala en la recámara…

Ahora la muchacha miraba ese rifle, diciéndose que, en efecto, era el primer objeto que tenían para su nuevo hogar.

Una inmensa tristeza la invadía, sin embargo.

¿Cómo podría ser el hogar de una mujer paralítica?

Mientras pensaba en eso y sus ojos se enturbiaban, dieron las diez de la noche en el reloj de la planta baja.

Kitty se estremeció.

Habían transcurrido ya quince días desde los horribles sucesos del bosque, pero cada vez que sonaban las diez, ella no podía olvidar que aquélla era «La hora de los demonios», la hora en que murió su hermana y estuvo a punto de morir ella misma.

De pronto su mirada fue hacia la ventana que daba a una pequeña terraza, sobre el porche del rancho. Lanzó un grito de horror.

¡Por la ventana la estaba mirando el monstruo, el hombre vestido de negro, con unos vendajes cubriéndole completamente el rostro!

Desde la ventana se podía ir fácilmente a una puerta de cristales que comunicaba el dormitorio con la terraza. Kitty se dio cuenta de que estaba perdida. Aunque gritase cien veces, nunca podrían sus familiares llegar a tiempo. El monstruo sería más rápido.

Con la sensación de estar viviendo una horrible pesadilla, la muchacha hizo girar las ruedas de su sillón. Fue hacia el rifle, recordando la advertencia de Gary. Pero el rifle estaba demasiado alto. Para sujetarlo, era necesario ponerse en pie.

¡Y ella no podía! ¡Ella no era más que una paralítica!

Oyó los pasos del monstruo acercándose a la puerta de cristales.

Vio girar el pomo.

¡Un minuto más y estaría muerta!

Con la fuerza que da la desesperación, con la angustia impresa en el rostro, Kitty tensó el cuerpo. Sintió en la columna vertebral un calambre que la recorría hasta las rodillas. Gritó de dolor cuando éstas crujieron a causa del esfuerzo. Poco a poco, gimiendo y llorando, Kitty llegó hasta el rifle.

Pero ya era tarde. Ya la puerta se estaba abriendo. Kitty advirtió que iba a morir precisamente en el momento más feliz de su vida, cuando se daba cuenta de que volvía a ser plenamente feliz.

Lanzó un gemido mientras las lágrimas nublaban sus ojos.

Y en ese momento oyó la voz de Gary:

—Llora, muchacha, llora. Las lágrimas te harán bien.

Atónita, puesta en pie como una estatua, Kitty vio entrar por la puerta a Gary Morton, un Gary vestido con ropajes negros como los que antes usara Josiah Loup. Ahora se estaba quitando los vendajes que hasta aquel instante le habían cubierto el rostro.

—¡Gary!

Riendo y llorando, se arrojó en sus brazos.

—Era nuestra única esperanza, Kitty —susurró él mientras le besaba los cabellos, los párpados y los labios—. Tu parálisis nerviosa necesitaba de un estímulo terrible, de algo que te hiciera reaccionar con todas las fuerzas de tu vida. Y por eso he ideado esta treta. Sabía que me exponía a un balazo si, como esperaba, lograbas alcanzar el rifle, pero valía la pena, Kitty…

Ella le besó también. Se confundieron sus palabras, sus alientos.

—Claro que sí, amor mío… Y a partir de este momento, cuando oigamos las diez de la noche, no diremos nunca más «La hora de los demonios», sino… ¡la hora de la salvación!

FIN